



COLECCION

BAZOOKA

PANTELARIA
isla clave
S. Darnell

5
PTAS.

PANTELARIA DE LA CLAVE

NOVELA DE S. DARNELL



SIGNE CLIFT

CHARLES CAMERON

PANTELARIA

la chiave



CAPÍTULO PRIMERO

DEFINE UNA NECESIDAD

—Así es, señores, mis palabras se ciñen estrictamente a la realidad. Es necesario, completamente necesario proceder a la ocupación de las tres islas del canal de Sicilia, pues ellas en realidad son el puente que nos llevará al objetivo siciliano. Resultaría del todo imposible saltar sobre la isla, dejando a un lado Pantelaria, Lampedusa y Linosa.

Los que allí estaban escuchando las acertadas palabras de Eisenhower, hacían de vez en cuando, un gesto afirmativo, como dando a conocer su conformidad con las palabras del general. Éste siguió hablando.

—Estas tres islas que territorialmente no tienen la menor importancia, son en realidad para nosotros de un gran valor estratégico. No creo resulte fácil hacerse con ellas. Los italianos las tendrán bien defendidas, por lo que creo sobradamente peligroso volcar nuestras tropas de desembarco sin haber anteriormente bombardeado con intensidad los terrenos de operación. De ello, como es lógico, se encargará la aviación contando con el apoyo de la armada. ¿Alguna pregunta?

Un coronel de aviación, que ostentaba varias condecoraciones sobre su pecho, alto, delgado y de rostro algo infantil, preguntó:

—¿Cuándo deben comenzar dichos bombardeos?

Eisenhower, sonriendo, contestó al que había formulado la pregunta:

—La orden ya está dada.

—¿Lo cual quiere decir...?

—Que deben empezar inmediatamente.

Reinó unos instantes de silencio durante los cuales podía oírse la

respiración de los allí reunidos.

Corrían los primeros días del mes de abril. Los días eran calurosos, y éstos se alargaban continuamente. El sol, segundo por segundo iba ganando a las tinieblas de la noche. Pero ésta ya había caído por completo cuando aún en el interior de la casa podía verse el movimiento de los reunidos en la misma. La reunión se alargó durante varias horas, lo que vino a manifestar la importancia de los asuntos que en el transcurso de la misma se comentaban, y se desarrollaban.

Eisenhower, señalaba con un largo puntero, partes de un amplio mapa que se encontraba colgado en una de las paredes. El mapa representaba, la parte noreste de África, Sicilia y Sur de Italia.

—... ése es el plan de operaciones —terminó el general, volviéndose a mirar a los reunidos.

Uno de ellos, levantándose, preguntó:

—¿Cree el general que los italianos opondrán mucha resistencia a nuestro desembarco?

El general sonriendo contestó a la pregunta en los siguientes términos:

—Es natural que opongan, pero si será mucha o poca, eso no lo puedo contestar, hasta que estemos sobre la marcha.

—Comprendo.

—Las islas de por sí —comenzó nuevamente Eisenhower—, son pobres, por lo que si cerramos el paso a los grupos de abastecimiento, no podrán resistir durante mucho tiempo nuestro continuo asedio. Y una vez aposentadas nuestras fuerzas en esas islas, lo demás es fácil dentro de lo posible.

Las palabras del general parecían gustar a los reunidos, los cuales sonrieron con satisfacción al oír las últimas palabras del mismo. Éste, consultando su reloj, dijo:

—No hay más, señores. Dentro de unas horas recibirán órdenes concretas individuales y en sobre cerrado. Pueden retirarse a sus bases.

Los jefes que allí se encontraban, levantáronse de sus asientos, y haciendo comentarios aislados fueron saliendo de la estancia. Eisenhower quedó solo dentro de la habitación, contempló en silencio el mapa que ante él se extendía y sonrió, con complacencia. Encendió un cigarrillo y permaneció inmóvil por unos segundos.

Luego dirigióse igualmente hacia la salida. El aire fresco de la noche saludó a los que salían del interior de aquella casita. Los motores de los coches militares, pusieron en marcha, rugieron éstos, encendiéronse los faros, rasgando la oscuridad y los automóviles, por la sinuosa carretera, fueron alejándose del edificio. El coche militar de la

R. A. F.,

corría vertiginosamente, dejando tras sí, una espesa nube de polvo. Dando tumbos sobre la desigual carretera, el automóvil se iba acercando a su base de Tobruk. A lo lejos podían verse las luces de la ciudad africana. En el silencio de la noche, el ronquido del motor parecía intensificarse. En el interior del coche, sus ocupantes deseaban llegar a la base, y terminar así, aquel molestísimo viaje. El coronel Burton, jefe de la base aérea de Tobruk, era hombre de pocas palabras, alto y de fuerte constitución, aparentaba menos años de los que tenía. Su pelo rubio y apenas canoso contrastaba sobre el moreno rojizo de su rostro. Sus ojos claros, al igual, resaltaban enormemente sobre el color de su piel. Los dedos de sus manos largos y espatulados demostraban la habilidad manual de que estaba dotado. Con el entrecejo fruncido, permanecía callado en el asiento trasero del coche que le conducía a la base. En realidad el chófer hacía todo lo posible para evitar los grandes y abundantes baches, sin poder por ello evitar, coger alguno que otro. En todo el camino el coronel abrió la boca. Parecía estar sumido en profundas e interesantes meditaciones. Sólo hacia el final comentó:

—Está malísimamente mal esta carretera.

El chófer al oír el comentario hecho por el coronel contestó algo asombrado:

—Sí señor, lo está, hago todo lo posible para evitar los baches, pero están tan juntos que...

Haciendo un gesto con la mano el coronel interrumpió al chófer diciendo:

Bueno, yo no te digo nada a ti.

—Gracias.

El viaje continuó sin que se volviese a oír ninguna palabra más en el interior del automóvil. Despuntaba el alba cuando el coche rodaba sobre las pistas del campo, hacia las dependencias del mismo.

CAPÍTULO II

SE DA A CONOCER EL PLAN

El piloto cuando no vuela, se siente incómodo e inquieto arrastrándose por la tierra, Cuando en la sangre de un hombre entra el veneno del vuelo, se siente atraído continuamente hacia los espacios abiertos por una fuerza indefinible. Volar, se transforma casi en una necesidad, para el piloto, cuando, la nostalgia y la amargura se apodera del hombre que por causas mayores se ve imposibilitado del vuelo.

Se sabía que se preparaba una nueva acción. Los pilotos de la base estaban nerviosos a la par que ansiosos de comenzar la acción que parecía estudiarse. Hacía ya varios días que en realidad no había habido ninguna intervención seria, ni ningún vuelo de importancia, y ello ya era causa suficiente para que los pilotos acostumbrados a una continua acción, estuvieran descontentos. Pero la noticia de que se proyectaba una nueva e importante acción militar, fue suficiente para que los ánimos se levantaran y en los rostros de los pilotos se dibujase una ansiedad manifiesta. Positivamente y extraoficialmente no se sabía nada cierto, sin embargo, «cuando el río suena agua lleva», y los pilotos lo sabían.

Caía el sol a plomo sobre el campo, y el reverbero era abrasador. Los matujos verdes, se decoloraban y secaban con gran rapidez con aquel sol agotador. Resguardándose de él en los barracones de madera y uralita, los pilotos de la base de Tobruk comentaban y hacían conjeturas sobre lo venidero.

—Señores, ha llegado el momento de desentumecer nuestros miembros, con ello quiero decir, que se acercan horas de lucha y combate.

De entre los reunidos se elevó un murmullo de inquietud a la

par que de aprobación.

—Una larga serie de vuelos se nos vienen encima —continuó el coronel— como premio al largo y casi letárgico descanso de que hemos disfrutado. Hemos de lanzar nuestros aparatos en un continuo bombardeo sobre las islas del canal de Sicilia. El Alto Mando ha decidido conquistar Sicilia, pero para llegar a ella es de toda necesidad comenzar por la conquista de las islas de Pantelaria, Lampedusa y Linosa, que en realidad como pueden comprender, son las cabezas de puente, necesarias a viva fuerza.

Un gesto de aprobación unánime llegó hasta el coronel, el cual se sentía satisfecho de sus hombres.

—Iniciaremos un arrasamiento total de todas las defensas tanto costeras como interiores, de las tres islas. Nosotros con nuestros aparatos hemos de llevar a tal, nuestro trabajo con perfecta finalidad. Los vuelos se comenzarán mañana por la mañana a las cinco de la madrugada. Para ello, la segunda y tercera escuadrilla de bombardeo protegidas por dos grupos de combate de Hurricanes, saldrán completamente provistas para la misión.

Las últimas palabras del coronel, fueron acogidas con gran entusiasmo por los reunidos. Aquellos hombres, estaban en realidad ansiosos de luchar por sus principios y por sus ideales, el nervio de la guerra se reflejaba en ellos.

—¿Alguna pregunta?

Nadie hizo la menor señal de querer preguntar algo. El coronel, pasándose un pañuelo por su sudorosa frente, terminó diciendo:

—A las tres y media de la mañana se reunirán conmigo aquí mismo los jefes de las escuadrillas que he mencionado. Nada más.

El Mayor Charles Cameron, se dirigía lentamente a su habitación, cuando sintió unos pasos a sus espaldas y una voz, que reconoció inmediatamente por la del coronel que le decía:

—Desearía hablar con usted, Mayor.

Volviéndose y saludando, Cameron contestó:

—A su disposición, señor.

Con un gesto el coronel indicó al Mayor que continuara andando pasillo adelante, dirigiéndose a la salida de oficiales, donde se encontraba un pequeño bar. Una vez en dicha sala, el coronel mirando fijamente al Mayor dijo:

—Tengo mucha confianza en usted, Cameron.

—Gracias, señor.

Encendiendo un cigarrillo y ofreciendo otro al Mayor continuó el coronel.

—Empezamos una etapa de duro trabajo, y personalmente le deseo mucha suerte. No creo que en realidad sea muy difícil, la ocupación de esas tres islas. Sin embargo siempre está bien, desearnos suerte, y yo repito, se la deseo.

Entre dientes como si estuviera algo avergonzado por las palabras del coronel, el Mayor contestó:

—Le agradezco sus palabras.

—Es usted el hombre que mayor confianza me merece, de los que se encuentran aquí. Ha combatido usted en varias ocasiones bajo mi mando: y conozco su fibra. Sé que es resistente. Le confío a usted el mando completo de la misión.

—Gracias.

—No me las dé. Quizás le llevo a la muerte.

—O quizás a la gloria.

Ambos hombres permanecieron mirándose fijamente el uno al otro, como si esperaran una repentina reacción. Bajando los ojos el mayor dijo:

—Espero no defraudarle, señor.

—Sé que no lo hará.

El reloj de pared contaba las horas, con escalofriante marcha. El mayor Cameron miraba de vez en cuando a éste, como si esperase algo, y en realidad así era.

—¿Está nervioso? —preguntó el coronel.

—No sé qué decirle. Pensando en lo que se avecina le diré que sí estoy algo nervioso, no es por los combates que deberé afrontar; más bien es por miedo a esa confianza que ha puesto usted en mí.

—¿Por qué?

—Si yo fallara, sería un golpe muy grande, desde el punto de vista moral. Me afectaría más de lo que usted pueda imaginar.

—No se lo tome así, mayor —dijo en tono consolador el coronel continuando.

—Usted es un gran aviador. Lo sabemos todos y usted también lo ha de saber. Eso le dará confianza en sí mismo, que es el más grande de los alicientes, para cuando nos hemos de enfrentar con casos como éste.

—Lo sé, sin embargo...

—Nada, mayor, no le permito vacilaciones de ninguna clase.

—Bien.

—Ahora debe retirarse a dormir algunas horas. Pocas en realidad, pues no tiene muchas. Vaya a que descansen sus nervios.

—Gracias, señor.

Levantándose del cómodo butacón donde estaba sentado, saludó a su coronel y con paso lento se dirigió hacia la salida. Al llegar a la misma pareció titubear por unos instantes, pero, luego con mano firme abrió la puerta saliendo de la estancia. El coronel le vio salir, observando todos sus movimientos.

Charles Cameron, tumbado en su cama pensaba en sus años de escuela, que ya habían, quedado atrás. A la sazón contaba treinta años y su vida militar estaba llena de gloria; sin embargo, en su fuero interno había algo que no le dejaba ser feliz. El reloj continuaba su marcha. Las sombras de la noche iban a ser rotas por la luz del amanecer. Con su completo equipo de vuelo, el mayor fue en busca de las órdenes concretas.

CAPÍTULO III

ALARMA

La siempre antipática neblina, impedía la completa visibilidad. Los aparatos británicos volaban en perfecta formación en dirección al objetivo señalado de antemano. En el centro de la misma iban colocados los aparatos de bombardeo y cubriendo éstos volaban los cazas. Hacía escasamente un cuarto de hora que habían salido de la base de África y se dirigían hacia las islas donde debían dejar caer sus mortíferas cargas. Fuera de la neblina que enturbiaba la atmósfera, el día era perfecto para el vuelo. Un ligero viento de cara había permitido a los aparatos alcanzar una respetable altura. Majestuosos, los aviones volaban manteniendo comunicación radiofónica. Bajo ellos, se extendía el mar, en perfecta calma y sobre su superficie centelleaban las luces del sol naciente. Poco a poco, la niebla fue quedando atrás, y el cielo azul, tomó una exuberante nitidez. A lo lejos, en el horizonte aparecieron las siluetas de los objetivos. Hacia ellos dirigiéronse los aparatos. El mayor Cameron se enfrentaba nuevamente con el enemigo, sus nervudas manos se aferraban al poste de mando, y sus pies se aseguraban en los pedales de los timones. Su aparato en cabeza dirigía la operación.

—¡Atentos al picado; resbalen por la derecha. Diez segundos!

Diez, nueve, ocho, siete, seis, los segundos se iban sucediendo y el grupo de bombardeo se disponía a lanzarse...

¡Cero...!

... los aviones enfilaron sus proas, sobre los objetivos que se extendían por debajo de ellos picando velozmente. Los altímetros descendían unánimemente, mientras al parecer la tierra se acercaba a los aparatos. Repentinamente, las baterías antiaéreas de la isla

que era atacada, abrieron fuego sobre ellos. Era de esperar que actuasen las defensas italianas. Sin embargo, la isla estaba más defendida de lo que en realidad se creían. Las unidades antiaéreas disparaban en fuego muy rápido, por lo que durante unos instantes los ingleses quedaron desconcertados. De los negros vientres de los aparatos británicos, surgieron las mortíferas bombas. Con escalofriante silbido, éstas cayeron en trayectoria oblicua sobre la tierra. Las explosiones se sucedieron. Cameron ganó altura y tras él los restantes aparatos de bombardeo. Nuevamente los aparatos se dispusieron a lanzarse sobre los objetivos. Sin embargo, frente a ellos aparecieron repentinamente una abundante formación de aparatos de caza enemigos. La lucha prometía ser más fuerte de lo que se esperaba.

«... Tengo confianza en usted, tengo confianza en usted...». Las palabras del coronel martilleaban las sienes del mayor Charles Cameron.

Los cazas británicos, los Hurricanes, acometieron a los aviones enemigos con mortal ímpetu. Los aparatos de ambos bandos, se perseguían unos a otros en terrible caza, dejando los alcanzados negras estelas de humo en el espacio. Los aviones de bombardeo haciendo caso omiso dentro de lo posible, de la presencia de los cazas enemigos, continuaban en su obstinado bombardeo, mientras los Hurricanes se las entendían con los cazas. El fuego de las baterías de tierra había casi cesado al aparecer los aparatos de caza italianos. El infierno estaba en el cielo. Un bombardero inglés alcanzado por el fuego italiano hizo explosión en el aire, cayendo sus restos envueltos en llamas sobre la machacada tierra de la isla. Los pilotos por desgracia, murieron. Con mirada fija e inexpresiva Cameron siguió la trayectoria de los despojos del avión compatriota. Las ametralladoras de ambos bandos no cesaban de entonar sus macabras canciones, el plomo escupido por las mismas, surcaba los espacios en todas las direcciones, llenándolo todo de muerte y terror. La lucha entre los cazas era sanguinaria, pero noble. Los aparatos se acometían y cuando estaban a cierta distancia disparaban sus armas. Los pilotos realizaban vuelos verdaderamente maestros para no ser alcanzados por las ráfagas. Las balas trazadoras, parecían fantasmas persiguiendo al enemigo elegido. El mayor Cameron, dio por terminada la actuación, cuando

las reservas de bombas habían sido agotadas, entonces ordenó la vuelta a la base.

Los aviones italianos, persiguieron obstinadamente a los aparatos de la

R. A. F.

Los cazas británicos acometían rabiosamente sobre los perseguidores. Levantándose las gafas de protección y aflojándose un tanto el cinturón de seguridad, el mayor dijo a su segundo, colocado en la carlinga de detrás.

—No ha estado mal para empezar.

El segundo levantando la vista del cuadro de mandos y haciendo un gesto con la cabeza al mayor, contestó:

—Ni mucho menos, ha sido de pronóstico. No esperaba que los italianos nos recibieran con tanta energía.

—Ni yo...

Repentinamente el segundo dijo en voz alta al mayor.

—¡Perdemos combustible!

Efectivamente, la aguja indicadora de combustible descendía peligrosamente.

—Tenemos viento de cola. Llegaremos, estoy seguro, si no cambian las condiciones atmosféricas.

El segundo piloto, haciendo un gesto de duda contestó al mayor.

—Veremos.

—No lo dude.

El aparato continuó volando con regular marcha. El viento de cola pareció intensificarse y a la par la pérdida de combustible parecía haberse detenido. El mayor volviéndose hacia el segundo dijo:

—Todo marcha bien, llegaremos.

—Así parece. El viento de cola nos presta una gran ventaja.

—Claro está.

A lo lejos comenzaron a distinguirse los contornos de la costa africana. La alegría inundó los corazones de los aviadores. Cameron respiró a pleno pulmón. Su aparato aguantaba y no tenía la menor duda entonces de llegar a la base de Tobruk.

El motor comenzaba a ratear cuando el mayor Charles Cameron volaba sobre la base. Sin embargo ya no tenía ningún temor; volaba sobre el campo de aviación.

—¡Estamos salvados! —gritó el mayor volviéndose a su segundo.

—Sí, no niego que tenía mi temor de no llegar.

—Pero allí abajo está nuestra tierra firme. Voy a aterrizar. Agárrese. El aparato comenzó a perder altura dirigiéndose hacia el suelo en vuelo algo ladeado. Después de breves instantes de angustia, Cameron enderezó el aparato dejándose caer sobre el terreno, en una perfecta toma de tres puntos. El avión rodó por el suelo dirigiéndose hacia los hangares. Tras el aparato del mayor siguieron los otros aterrizando en perfecto orden todos ellos.

—Listo —dijo el mayor saliendo de la carlinga y sacándose el casco de vuelo.

—Gracias a Dios —comentó a sus espaldas el segundo.

—De las órdenes oportunas para que repasen el aparato.

—Bien.

—Deme dentro de unos minutos cuenta de las pérdidas y de los desperfectos sufridos en los otros aparatos.

—Sí, señor.

—Que sea exacto.

—Bien.

Con paso decidido el mayor se dirigió al despacho del coronel, con intención de dar cuenta de todo lo sucedido. Durante el recorrido del corto espacio que le separaba del despacho, una multitud de ideas vinieron a su cabeza. «No soy un fracasado. No he decepcionado al coronel». En realidad el mayor Cameron nunca había sido un fracasado, sin embargo nunca estaba contento de sí mismo, le parecía poco y sin valor todo aquello que realizaba. Detúvose unos instantes delante de la puerta del despacho, pensó en qué expresión daría a su rostro y luego decididamente entró. La mirada del coronel se clavó en él. Sintió por momentos una angustiosa congoja.

—A sus órdenes, señor.

Levantándose el coronel preguntó.

—¿Qué novedades hay?

CAPÍTULO IV

LOS COMENTARIOS

El bar de la base aérea de Tobruk estaba repleto de pilotos y oficiales que comentaban la intervención que se había efectuado sobre las islas del canal de Sicilia. Un oficial de aspecto ajado, de blancos cabellos y de profundas y señaladas arrugas decía en cierto tono de admiración.

—Los italianos estaban preparados: ¿Cómo sabían nuestra ofensiva? Pasan cosas muy raras; os lo aseguro.

Un joven piloto, quizás el más joven de todos cuantos allí se encontraban que por las condecoraciones que cubrían su pecho, parecía ser un verdadero as de la navegación aérea contestó:

—Era lo más lógico y natural. Sabían que en pocas horas de vuelo, saliendo desde Tobruk, estábamos sobre ellos, por lo que debían estar preparados y...

—No estoy de acuerdo —interrumpió el viejo piloto, continuando—. El alto mando nos había informado de que los italianos estaban completamente desprevenidos.

—Pero las cosas suelen suceder como menos se lo espera uno.

—¿Qué quieres decir?

—Pues eso, que no nos podemos fiar lo más mínimo de nadie.

—¿Por qué?

—Los italianos, como es lógico, tendrán su servicio de información.

Los reunidos quedaren callados por unos instantes como estudiando las últimas palabras del joven aviador. Éste observó a sus compañeros, y repentinamente nació en él, la duda de si quizás con sus palabras les habría ofendido.

—Creo comprenderéis mis palabras —advirtió en un tono de voz

algo sumiso. Sus compañeros le sonrieron y uno de ellos dándole una palmada en la espalda le contestó:

—Amigo, me parece que lees demasiadas novelas truculentas.

Todos rieron y el aludido contestó.

—Hace tiempo que no leo novelas policíacas, pero no os negaré que antes leía cuantas caían en mis manos. Son algunas de ellas interesantísimas y uno se distrae por poco dinero, y...

Un oficial acercándose al que hablaba le interrumpió diciéndole:

—Escucha, Powell, no hace falta que nos lo expliques, pero ya sabemos tu gran capacidad para leer y todas esas cosas, que si mal no recuerdo nos las has explicado como mínimo, un par de centenares de veces.

Powell, algo avergonzado, levantó la vista y se quedó mirando por encima del hombro de su compañero, al mayor Charles Cameron, el cual le sonrió al ver la mirada de desconcierto.

—¿Me hacéis callar?

—No es eso, lo que no queremos es que repitas el disco.

—Bueno, entonces me marchó.

Cogiendo su gorra, el piloto Powell echó a andar alejándose del grupo formado por sus compañeros, los cuales reían por el aspecto bonachón del mismo. El mayor Cameron acercándose al capitán Leith dijo:

—En verdad es un buen muchacho.

Volviéndose el capitán hacia quien le hablaba contestó en tono de afirmación.

—Sí, señor, lo es.

—Creo que se meten demasiado con él.

—¿Usted cree?

—Sí.

—Procuraré remediarlo.

Cameron bebió un nuevo sorbo de su vaso de cerveza y luego miró en silencio por unos instantes al grupo de pilotos. Los aviadores hablaban de los más diversos temas, cambiando casi continuamente la conversación de matices y colores. Uno de los temas que más se solía explotar, era hablar del pasado, de los hogares que habían dejado, de la familia que estaba lejos, de las novias y los amigos que se deseaban ver. El tema apasionaba a todos, y generalmente, casi por un riguroso turno, los aviadores

explicaban sus vidas, casi con pelos y señales.

—... Ésa es mi vida...

—Muy vulgar —contestó el capitán Leith a un teniente que acababa de referir, algunos de los hechos de lo que él llamaba, «su agitada vida».

—No tiene nada de vulgar —contestó algo ofendido a la réplica del capitán.

Con intención de hacerle rabiarse, Leith no cambió de opinión.

—Nada encuentro en ella que sea digno de mención.

—Lo hace adrede para hacerme rabiarse, ¿no?

—Nada de eso, te doy mi más sincera opinión.

Los aviadores sonrieron al observar la irritabilidad del compañero. El capitán Leith parecía divertirse.

Sobre las ocho de la noche, el bar de la base fue cerrado viéndose obligados todos los aviadores a desalojar el mismo. Con gesto de desagrado fueron saliendo. El mayor Cameron hacía ya rato que se había marchado, dejando a sus compañeros sumidos en las explicaciones de sus respectivas vidas. La noche era clara; quizás en exceso. La luna llena aparecía como un disco de grandes dimensiones suspendido en el espacio. A ninguno de los pilotos les agradaba aquella claridad, era ideal para sufrir un ataque nocturno. El capitán Leith después de encender un cigarrillo, apoyóse en el antepecho de la ventana, observando el campo de aterrizaje que ante él se extendía. Repentinamente sintió que alguien lo preguntaba por la espalda.

—¿Preocupado?

El capitán se volvió a mirar quién le hablaba y reconoció a su compañero el capitán Sammy Geldon.

—No.

—¿Pensando?

—Algo por el estilo.

Geldon observó a su compañero con cierta curiosidad, y sin poderlo evitar preguntó:

—¿En qué piensas?

Leith sin mirar a quién le preguntaba y en voz baja contestó.

—En el mayor Cameron.

—¡En el mayor!, ¿por qué?

—Quisiera saber qué es lo que oculta en su vida anterior, me

refiero a antes de movilizarse. Todos nosotros hemos explicado nuestra vida un sin fin de veces, y todos conocemos lo que hemos hecho hasta la fecha, pero él, si te das cuenta hace permanecer oculto su pasado.

—Tienes algo de razón, pero nos dijo que era arqueólogo.

—Pero nada más...

Leith dio unas largas chupadas, dejando escapar luego dos hilos de humo por la nariz.

—¿Y a santo de qué te preocupa el pasado del mayor?

—No es que me preocupe ciertamente, es que tengo curiosidad por saber lo que no explica; por saber su vida.

—Quizás el día que menos te lo esperes te soltará todo el rollo de su vida y entonces te decepciones.

—Puede ser.

—Casi lo puedes tener por seguro.

—Me alegraría de que así fuera.

Los dos oficiales echaron a andar uno al lado del otro dirigiéndose, a los dormitorios que tenían destinados. Geldon mirando el cielo y haciendo un gesto de preocupación dijo:

—No sería difícil que esta noche tengamos visita.

—Podría ser, pero más vale no pensar.

—Cierto.

—Buenas noches, y no crees una novela de miedo alrededor del mayor.

—Lo haré, buenas noches.

—Adiós.

CAPÍTULO V

MÁS COMUNICADOS

Rojo de fuego el sol, se levantaba despertando el día con sus claras luces, iluminando el espacio. El cielo presentaba una completa nitidez y un ligero viento del Norte tendía a bajar la temperatura del ambiente. En el campo de aviación no se observaba el más pequeño movimiento, parecía como si todo estuviera aun dormido, mas en realidad, ya hacía dos horas que se mantenía una febril actividad, oculta bajo las cubiertas de los hangares y los edificios de las dependencias. La noche había transcurrido con toda calma, sin que nada en absoluto turbara la paz, durante aquel lapso de tiempo en que el astro del día se oculta a las miradas de los hombres. El viento que soplaba levantaba con sus ráfagas, pequeñas cantidades de arena y tierra, que se desplazaban, a través del campo de aviación, estrellándose contra las paredes de los hangares. Matas secas por el sol eran al igual arrastradas por el viento, en un continuo ir y venir. En el ambiente había algo de desolación; algo así como un matiz de tristeza parecía haber pasado aquella madrugada sobre el campo de aviación de Tobruk. La manga señalaba la dirección del viento, en lo alto de la torre meteorológica sufriendo desviaciones de vez en cuando. Todo, en realidad era monótono y pesado. Los aviones, como grandes monstruos muertos, permanecían inmóviles dentro de los hangares, como paralizados por la tristeza de aquel amanecer. Sin embargo a medida que el sol fue levantándose, parecían cobrar vida los más insignificantes objetos, bañándose poco a poco todo en los colores de la vida.

Dentro de la sala de conferencias, había un gran número de oficiales pilotos, los cuales agrupados mantenían diferentes conversaciones mientras esperaban la llegada del Jefe de la Base,

coronel Burton, el cual les había ordenado reunirse para tener con ellos una entrevista. Los aviadores se preguntaban unos a otros, cuál sería el motivo que originaba aquélla, reunión. Llevarían aproximadamente unos doce minutos de espera, cuando apareció de improviso ante ellos el coronel Burton, el cual dirigiéndose a ellos dijo:

—Siéntense, señores.

Obedeciendo lo ordenado, los aviadores fueron eligiendo sitio y acomodándose. Instantes después, reinaba un silencio casi sepulcral, que fue roto por la gruesa y varonil voz del coronel.

—En realidad, no es que tenga grandes cosas que decirles, sin embargo deseaba tener con ustedes un cambio de impresiones.

Los aviadores se miraron unos a otros, en mudas preguntas. El coronel continuó:

—En nuestro ataque contra la isla de Pantelaria, nos vimos sorprendidos con una fuerte oposición enemiga con la que no contábamos. Cierto es, que era de esperar que los italianos se defendieran, pero del modo que lo hicieron, no. Al parecer las tres islas están bien preparadas, para frenar nuestros ataques, ¿no es cierto? —Una unánime aprobación levantóse de entre los pilotos reunidos—. No sólo nos ha asombrado la defensa fuerte y dura de las piezas antiaéreas, sino que también, la intervención de los aparatos de aviación enemigos, con los que en realidad no contábamos, de lo que se deduce que la misión que se nos ha encomendado, no es tan fácil ni sencilla como en un principio parecía serlo. Por el contrario presenta serias dificultades. Sin embargo contando con la pericia de ustedes, sé que saldremos victoriosos de nuestro cometido. Mis palabras no son para alentarles, pues sé que no hay necesidad de ello. Sólo les expongo los hechos.

La voz del coronel, serena e igual, sin altos ni bajos, era de una tonalidad agradable. Los reunidos escuchaban con creciente interés las palabras del coronel, el cual mirando alternativamente a todos iba exponiendo sus planes y proyectos. La estancia era en realidad pequeña para cobijar a aquel bastante elevado número de aviadores, algunos de los cuales tuvieron, que sentarse en supletorios.

—Dada la experiencia que hemos tenido —continuaba el coronel

—, es necesario que en las próximas intervenciones nos andemos con más tiento o mejor dicho, que actuemos con mayor picardía. Hoy no realizaremos ningún vuelo. Sin embargo a media noche despegarán ustedes con objeto de efectuar el bombardeo a primeras horas del amanecer, durante las cuales sin ningún género de dudas, estarán más desprevénidos los servidores de las defensas, ¿comprenden?

La pregunta del coronel, era en verdad completamente innecesaria, puesto que lo que había manifestado no encerraba nada fuera de lo normal y difícil de comprender, pero era su costumbre preguntar siempre al final de cada punto por sencillo que éste fuera. Conociéndole ya los reunidos esta particularidad, asentían casi mecánicamente con un gesto de cabeza, ante el cual el coronel se sentía satisfecho y alentado para continuar la exposición de hechos. Después de guardar durante unos instantes silencio volvió a hablar.

—Esta vez la expedición estará compuesta por los mismos aparatos de la anterior añadiendo una escuadrilla más de cazas, que siempre son útiles y necesarios. De este modo los aparatos de bombardeo en sí, podrán actuar con más libertad que la anterior, aunque exista una fuerte oposición italiana.

La idea de que se agregaría una escuadrilla más de Hurricanes, en aquella incursión que debía realizarse, pareció agrarar en grano sumo a los pilotos de los aparatos de bombardeo, pues en los rostros de los mismos se reflejó una amplia sonrisa, que lo probaba. El coronel Burton sabía que su idea había sido acogida con agrado por sus pilotos y por ello se sentía un tanto satisfecho.

—¿Desean hacerme alguna pregunta? —terminó el coronel.

De los últimos asientos, se levantó repentinamente la esbelta figura del capitán, Tom Gardiner el cual preguntó:

—¿Nuestro objetivo: es el mismo exactamente que la vez pasada?

Burlón sonriendo complaciente contestó.

—Sí, el mismo, ¿algo más?

—Sí.

—Pregunte.

—¿Debemos mantener contacto radiofónico con la base?

—No, en absoluto, deben olvidarse por completo de la existencia de la radio.

—Comprendido.

—Ni les daré nuevas órdenes, pues ya saben lo que deben realizar. Ahora pueden retirarse, y descansen durante el tiempo que les queda.

—Gracias.

Los oficiales pilotos, fueron saliendo de la sala dirigiéndose a sus dependencias. El mayor Charles Cameron en silencio, como de costumbre se dirigía a su dormitorio cuando sintió que le llamaban. Reconoció inmediatamente la voz del capitán Gardiner, el cual acercándose le preguntó.

—¿Te sucede algo? Te encuentro preocupado.

Como existía cierta amistad entre el mayor y el capitán, a nadie le extrañó el hecho de que el capitán hubiese llamado al mayor, de un modo verdaderamente amistoso.

—No, estoy bien.

—Pero me parece adivinar que hay algo que te preocupa...

—Estás equivocado. Fallas como psicólogo.

—Bien, me rindo.

Tendiendo la mano el mayor al capitán dijo:

—Retirémonos, debemos descansar. Mañana nos espera un hueso.

—Tienes razón, buenas noches.

—Adiós.

Cameron entró en su habitación y sin desnudarse se tumbó sobre la cama. Instantes después, dormía profundamente.

CAPÍTULO VI

NUEVO ENCUENTRO

Los aparatos aparecían como pequeñas máculas en el infinito azul nocturno. Las estrellas centelleaban y la luna con su luz de plata bañaba a los aparatos que a más de tres mil metros de altura, surcaban el espacio abierto como un infinito abismo. Las escuadrillas de la

R. A. F.,

en vuelo de gran altura se dirigían al objetivo que se les había señalado. Los aparatos en perfecta formación, haciendo rugir sus motores en un máximo de fuerza, se deslizaban, veloces sobre los filetes de aire. Las aerodinámicas líneas de los aviones cortaban el aire, casi sin encontrar resistencia, dentro de los límites técnicos alcanzados. Por encima de los aviadores se extendía el magnífico espectáculo de la noche desprovista de nubes y cuajada de infinidad de estrellas capitaneadas por el astro de la noche.

Por debajo, allá en lo hondo, el mar daba la sensación de ser algo sólido, duro y frío como el acero. La luz de la luna centelleaba en la superficie de las aguas con reflejos metálicos, como si fuera mercurio. Las hélices de los aviones se enroscaban en el aire expulsando a éste hacia atrás, y obligando a la mole de acero y hierro a mantenerse en el aire, despreciando el efecto de la gravedad. La luz de la luna entraba a raudales dentro de las carlingas dando a los aviadores el aspecto de verdaderas momias. El cuadro de mandos iluminado demostraba al piloto la situación de vuelo y las condiciones del mismo. La noche era la protección de aquel vuelo que los ingleses efectuaban sobre las bases italianas de las islas del canal de Sicilia.

Cuando los aparatos despegaron de la base aérea, el coronel

Burton, permanecía en su despacho observando a través de los cristales de una de las ventanas las maniobras de despegue de los aviones. Satisfecho veíales despegar, mientras en su rostro se dibujaba una sonrisa de complacencia. Tenía fe en sus hombres y sabía que ellos luchaban a brazo partido, por el mantenimiento de sus ideales. Ya se habían perdido en la lejanía los últimos runruneos de los motores, cuando el coronel algo cansado se tumbó sobre su cama, consultó su reloj y dando un profundo suspiro intentó dormir, viendo en su imaginación la silueta de los aviones que se desplazaban en busca del enemigo. El tic tac del reloj, parecía haber aumentado de volumen transformándose en un pesado martilleo, el sueño no acudía y los nervios se iban apoderando del coronel que impacientemente consultaba el reloj con terrible frecuencia.

En su monótono vuelo los aparatos se fueron acercando al objetivo señalado. El mayor Cameron completamente sereno comunicó con su copiloto.

—Repase las armas, y accesorios.

—Bien, señor.

—Dentro de unos minutos, estaremos sobre nuestro punto. Habrá llegado nuevamente el momento de actuar.

—Lo sé.

Cameron fijó su vista en el horizonte. De pronto le dio un vuelco el corazón. Allá a lo lejos, le había parecido distinguir unos puntos brillantes. ¿Serían aviones enemigos? Fijó la vista y prestó más atención. Después de unos momentos de duda, volvió a ver aquellos diminutos puntitos que aproximadamente se hallaban a la misma altura que ellos. Nervioso comunicó al copiloto la observación realizada. Éste miró hacia donde le indicaba el mayor.

—No distingo...

—Fíjese bien...

Por unos instantes reinó una terrible tensión nerviosa.

—¡Sí, ahora los veo...!

—¿Qué le parece...?

El copiloto tardó unos momentos en contestar. Luego con entonación afirmativa contestó.

—Son aviones y vienen hacia aquí.

—No cabe la menor duda. Son italianos. Lo comunicaré a los restantes aparatos.

Con gran rapidez el mayor comunicó a los aparatos que formaban las fuerzas que se dirigían a Pantelaria, la presencia de los aviones al parecer enemigos. Notificada la observación, los bombarderos ganaron altura y los aparatos de caza, se dirigieron a los puntos que habían aparecido en el horizonte y que poco a poco iban ganando en tamaño, pudiendo distinguirse instantes después perfectamente la silueta de los aviones enemigos.

—Los cazas se encargarán de ellos, nosotros prescindamos y vayamos directos a nuestro objetivo —dijo el mayor a su segundo.

—Bien.

—Son las órdenes que tenemos.

—Lo sé.

—De todos modos, atentos, como es natural, los cazas italianos vienen a por nosotros más que a por los Hurricanes, les interesamos nosotros porque somos el pájaro grande.

—Es lo más natural.

—Presto.

El combate que se les avecinaba prometía ser un tanto más fuerte que el anterior puesto que en esta ocasión, por ambos bandos aumentaba el número de aviones. Los ingleses habían sumado una escuadrilla de caza, y las fuerzas enemigas, a simple vista se veían más numerosas que la vez anterior. Los aparatos italianos, haciendo una rápida maniobra al unísono, dieron un giro colocándose de lado, acometiendo a los aviones de la

R. A. F.,

por el costado.

—¡Se armó! —gritó el mayor a su segundo.

—Y promete ser de alivio.

—Ganemos más altura, nos conviene.

—Sí, señor.

—¡Arriba!

Tirando enérgicamente del poste de mandos, el mayor Cameron hizo elevar a su aparato a mayores alturas, para salir fuera del fuego de los cazas italianos.

—¡Allí está la isla! —gritó el segundo señalando una mole negra que se extendía sobre el mar.

—Sí, cuando estemos sobre ella, picaremos.

—¿Y los otros aparatos?

—Harán lo mismo.

Los Hurricanes se enfrentaron con los aparatos enemigos, en una sangrienta acometida. Las ametralladoras hablaron, y en el espacio las balas trazadoras dejaban blancas trayectorias encabezadas por un punto luminoso. Tanto los pilotos de un bando como de otro, demostraban ser hombres de gran coraje puesto que luchaban con gran desprecio y arrojo. Al efectuar un resbalamiento sobre el ala izquierda, un Hurrican para salir fuera del área de fuego de un avión enemigo, que le disparaba de frente, se le cruzó un aparato italiano, produciéndose el inevitable cataclismo. Ambos aviones se empotraron uno dentro de otro, y los dos unidos por las llamas, se precipitaron en el vacío, arrastrando a los pilotos. Instantes después el mar engullía la llameante masa.

Cuando Cameron picó sobre la isla, dirigiéndose a los lugares señalados como objetivos en la misma, fue precedido del resto de los aparatos de bombardeo. Todos a una fueron acercándose a la isla en vertiginosa caída mientras que los cazas italianos hacían verdaderos esfuerzos para impedirlo. Las bombas se desprendieron del interior de los aparatos y éstas describiendo una mortal trayectoria fueron a chocar contra el suelo de la isla. Las explosiones de las innumerables bombas, llenaban el espacio de destellos rojos y de humos negros. Repentinamente una gran llamarada se elevó a gran altura sobre el suelo de la isla.

—¡Hemos tocado un depósito de gasolina!

El mayor Cameron contestó a su segundo con un escueto gesto de cabeza. Las llamas del incendio se elevaban amenazadoramente, coronadas por espesos humos negros. Salía el sol, cuando sobre la isla podían observarse, varios incendios de importancia, resultado del bombardeo de la aviación británica.

CAPÍTULO VII

INTRANQUILIDAD

¿Qué hora sería? Al despertarse sobresaltadamente el coronel Burton desconocía por completo si había dormido mucho o poco. De lo primero que se dio cuenta, era de que el sol del amanecer entraba por la ventana del despacho. Luego súbitamente percibió el ronquido clásico de los motores de aviación. ¡Ya estaban de vuelta! Cuando salió al exterior el aire fresco del amanecer le azotó en el rostro, sintiéndose confortado el coronel Burton. Por el Noreste veíase las perfectas formaciones de los aparatos ingleses que volvían de la misión que habían cumplido. Burton pidió una taza de café caliente, que a los pocos minutos había ya bebido.

Los aparatos comenzaron a coger tierra, en perfectas tomas, a excepción de un bombardero que por tener el tren de aterrizaje en malas condiciones, clavó el morro en el suelo, partiéndosele las hélices y el ala derecha. Fuera de este accidente, las tomas por lo demás resultaron maestras. Con alivio el coronel pudo comprobar, que regresaban casi todos los aparatos, más de los que en realidad él creía.

El mayor Cameron demacrado por la tensión de la operación, saboreaba un coñac, mientras el coronel le observaba con expresión de interrogación.

—Así es, coronel —dijo el mayor después de haberse acabado el coñac.

—Lo que usted me cuenta es asombroso.

Con gran atención el coronel había escuchado la detallada narración y exposición de hechos realizada por el mayor Cameron, del encuentro con los aparatos enemigos.

—¿Cuántos aparatos italianos componían la defensa?

—Diez más que nosotros.

—Será cuestión de poner al alto mando al corriente de lo sucedido. Al parecer las fuerzas italianas reciben información de nuestros movimientos y desplazamientos.

—Así es, señor. Le aseguro que mi sorpresa no tuvo límites cuando vi aparecer a la aviación enemiga en línea recta sobre nosotros.

—¿Cuántos aviones italianos consiguieron derribar?

—Doce, señor.

—Buen número.

—Sí, señor, más teniendo en cuenta que nosotros sólo perdimos tres aviones y dos de ellos de caza.

—Es una buena diferencia.

—Es una victoria.

—De acuerdo, lo es. Sin embargo el hecho de que los aviones enemigos les estuvieron esperando nubla un tanto esa victoria. No desde el punto de vista activo en el combate, sino en el plan de organización.

—No entiendo.

—Es muy sencillo —aclaró el coronel—, quiero decir que entre nosotros hay alguien que informa a los italianos, y eso es un fallo del departamento de seguridad.

—No lo veo muy factible.

—¿Por qué?

—Nos conocemos sobradamente unos a otros, y yo me atrevería a poner las manos en el fuego por todos ellos...

—Y se quemaría —atajó enérgicamente el coronel.

—¿Quiere decir?

—Estoy completamente seguro.

Por unos momentos reinó un azarante silencio, los dos hombres se miraron uno a otro, sin decir nada. Repentinamente el coronel dando un furioso puñetazo exclamó:

—¡Sí, se quemaría!

El mayor Cameron observando el estado del coronel no se atrevió a hacer el menor comentario.

Permaneció callado, mientras fumaba muy despacio un cigarrillo que había encendido.

Cuando el mayor salió del despacho del coronel sentíase

deprimido sin poder llegar a definir el por qué justo y exacto. Dejóse caer sobre su cama y su mente vagó recordando los momentos más intensos del combate, que horas atrás había mantenido. Poco a poco el cansancio le fue rindiendo, las imágenes se fueron haciendo más confusas hasta desvanecerse por completo y quedarse dormido.

El sol, dejaba sentir su calor, cayendo perpendicularmente sobre el campo de aviación. En el interior de los hangares la temperatura era sofocante en extremo, el reverbero que se levantaba del campo hacía prácticamente irrespirable la atmósfera, la cual en aquellos momentos estaba dotada de la más completa inmovilidad. Aquel sol era en verdad capaz de amodorrar a cualquiera. Todo estaba impregnado en una letárgica postración. El campo de aviación quedaba limitado al Sur, por una carretera de muy pésimas condiciones, al Norte los edificios del mismo y otra carretera, al Este unas grandes depresiones del terreno ponían fin al campo y al Oeste, la dudad de Tobruk. Las piezas de artillería de costa, miraban ansiosamente hacia el mar, en espera de la escuadra enemiga, la ciudad en sí estaba bien defendida estando toda ella rodeada de amplias y profundas trincheras, fortines y nidos de ametralladoras, así como una fuerte guarnición de defensa.

Hacia las cinco de la tarde el mayor Cameron despertó de su profundo sueño, sintiéndose más confortado y con mayores bríos, levantándose encendió un cigarrillo y miró a través de los cristales el amplio panorama del campo de aviación. En su rostro pareció dibujarse por unos instantes una débil sonrisa, ajustóse la corbata y salió de su habitación. En la sala de oficiales había gran número de ellos, entreteniéndose en los más diversos juegos, Cameron miró a los reunidos como si buscara a alguien determinado. Sin embargo lo que buscaba era un rincón tranquilo. Vio una mesa vacía y hacia ella se dirigió, se sentó y comenzó a ojear una revista francesa.

El humo de los cigarrillos se acumulaba en el techo de la estancia. Los pilotos hablaban y hablaban despreocupadamente, dando sus opiniones sobre los acontecimientos últimos. El mayor Cameron enfrascado en su lectura parecía no oír lo que se comentaba. Permaneció durante una media hora o poco más sin levantar la vista de la revista. Luego dejó ésta, entrelazó los dedos de sus manos y los dejó reposar sobre sus piernas, inclinó la cabeza

hacia atrás y quedó pensativo. Alguien rompió la cadena de su imaginación preguntando:

—¿Es rubia?

Levantando la vista el mayor vio a su amigo Gordon.

—No entiendo —aclaró como saliendo de una semiinconsciencia.

—Te pregunto si la chica ésa en la que estabas pensando, es rubia.

—¿Y quién te ha dicho a ti que pensaba en una chica?

—No había más que ver la cara que tenías.

—¿Y cómo era?

—De tonto.

—Gracias.

—No te enfades, pero un hombre sólo puede poner esa cara cuando piensa en una mujer. Si te hubieras visto en algún espejo, te hubiera dado vergüenza.

—Pues te equivocas, no pensaba en ninguna mujer, y además no creo que tuviera cara de tonto.

Gordon sentándose junto a su compañero dijo en voz baja.

—Yo también estoy preocupado. También creo que los italianos reciben información de alguien que quizás está en esta misma sala.

—Nuevamente te pregunto, ¿y quién te ha dicho que estaba pensando en eso?

—Muy sencillo, el coronel me ha dicho a mí lo mismo que a ti, lo que piensa, y sé que tu preocupación son las palabras del coronel, que es la mía también.

—Tienes razón.

—¿Y quién puede ser?

—No lo sé.

—Resulta desagradable.

—Sí, mucho —contestó el mayor levantándose de la silla, y dejando a su amigo solo.

CAPÍTULO VIII

¿QUIEN SERA?

Los nuevos Hurricanes evolucionaban perfectamente en el espacio libre, sobre el campo de Tobruk. La prueba estaba siendo observada por los mandos del mismo, los cuales se asombraban de la gran movilidad de los nuevos aparatos. La silueta limpia y perfecta de los aviones se recortaban en el azul del cielo majestuosamente.

—Maravillosos aparatos —dijo el coronel al jefe de seguridad, mayor Wayne.

—En verdad que lo son.

—Tampoco podemos quejarnos de los pilotos, que los manejan. Todos ellos demuestran ser verdaderos ases.

Mientras hablaban, ninguno de los dos jefes apartaba la vista de los aviones que seguían su vuelo de pruebas, haciendo un gran número de piruetas y acrobacias. El vuelo de pruebas duró casi media hora, transcurrida la cual el coronel Burton dio la orden de que los aparatos tomaran tierra.

—Ya está bien. Ya se han lucido bastante. Que aterricen —dijo con cierta severidad el coronel a un teniente que estaba a corta distancia de él. Cuando el oficial recibió la orden, se dirigió corriendo a la torre de mandos, desde la cual, se comunicó a los pilotos que efectuaran la toma. Con gran precisión, guardando las distancias de un modo matemático, los aviones fueron acercándose al suelo hasta tomar tierra.

—¡Bien! —exclamó satisfecho el coronel.

El jefe de seguridad sonriendo oyó la expresión del coronel.

—Sí, magnífico.

—Ahora, Wayne, venga a mi despacho que deseo hablar a usted

de un asunto un tanto serio.

—Bien, señor.

Seguido del mayor, el jefe de la base, echó a andar dirigiéndose a sus oficinas. La pequeña figura del jefe de seguridad, era materialmente eclipsada por el enorme cuerpo de su superior. Con paso un tanto lento el coronel Burton en silencio entró en su despacho. Una vez en él, hizo una seña con la cabeza, indicando al jefe de seguridad que se sentase, éste en silencio cumplió lo que se la indicaba. El sol entraba a raudales por la ventana y la temperatura dentro del despacho era un tanto sofocante. Burton descolgando el auricular del teléfono, ordenó le trajeran un par de cervezas. El hecho fue una nota de color, que alegró un tanto al mayor Wayne. Comprendió inmediatamente, que si su superior le hubiera hecho ir a su despacho, para una reprimenda hubiera suprimido aquel detalle. Repentinamente Burton sin más preámbulos dijo:

—Usted igual que yo, sabe que entre nuestros hombres hay uno de ellos que informa a los italianos.

Tan a boca de jarro, fue hecho el comentario que el jefe de seguridad quedó algo desconcertado. Sin embargo sobreponiéndose a la primera impresión contestó, escuetamente.

—Sí.

—¿Quién es?

—Qué más quisiera yo que contestarle esa pregunta, sin vacilación de ninguna clase, pero por desgracia no puede ser. Resulta muy difícil hacer una acusación de esa clase, sin pruebas.

Burton miró a su interlocutor con cierta expresión de asombro en su rostro. Luego en son de duda dijo:

—De sus palabras casi se deduce que usted sospecha de alguien.

—Yo...

En aquel momento llamaron a la puerta de la oficina, y tras recibir la oportuna autorización del coronel, entró en la habitación un soldado con las cervezas pedidas. Después de dejarlas donde le indicó el coronel, el soldado se retiró.

—¿Qué iba a decirme? —preguntó el coronel.

Con cierto nerviosismo el jefe de seguridad dijo:

—Realmente todos los hombres nos merecen completa seguridad. Repasando sus historiales bélicos y sus antecedentes

familiares, vemos que todos ellos son magníficos guerreros así como miembros de buenas familias en cuanto se refiera al patriotismo, pero...

—¿Pero qué?

—Verá, hay uno de ellos que su pasado aparece sumido en ciertas brumas y del que se sabe, cursó estudios en la capital de Italia.

—¿Quién es?

Observando detenidamente el rostro del coronel, el Jefe de Seguridad dijo:

—El Mayor Charles Cameron.

El silencio se hizo aplastante. El coronel clavó su mirada, en quién había mencionado al Mayor. Después, volviéndose de espaldas dijo casi furioso:

—¡Imposible!!

—Nada hay imposible, señor.

—Si me lo permite le preguntaré, ¿por qué?

En rapidísimo giro el coronel se volvió hacia quien formulaba tal pregunta. Miró a éste por unos momentos con rudeza y luego explicó:

—Hace tiempo que conozco al Mayor Cameron. Le he visto operar en muchísimas ocasiones y en todas ellas ha demostrado un gran valor, y un gran sentido del patriotismo. Ha estado a las puertas de la muerte en repetidas ocasiones y... En fin, no puede ser.

Con gesto nervioso Burton encendió un cigarrillo ofreciendo otro al Mayor Wayne.

—Sin embargo, señor, debía tener en cuenta mi observación.

—¿Qué quiere decir?

Haciendo un gesto de asentimiento el Jefe de Seguridad explicó:

—Todos nuestros pilotos, demuestran un gran sentido de la compenetración. Todos, ante todos han explicado un montón de veces su vida y sus acciones y aventuras más íntimas. ¿Ha observado usted que el Mayor, nunca habla de su pasado?

—Sus motivos tendrá.

—Eso digo yo, sus motivos tendrá. ¿Por qué oculta su pasado?

Burton permaneció callado, en su rostro se dibujaba la expresión de un hombre atormentado por una idea desagradable. Luego

exclamó:

—¡No y mil veces no!, y deseche esa idea. Nuestro hombre ha de ser otro, y ahora una pregunta. El que sea ¿cómo transmite las informaciones?

—Eso no tiene problema, hoy día hay transmisores del tamaño de una caja de galletas. Nuestro hombre puede tener uno de estos aparatos oculto.

—Si encontráramos el aparato, tendríamos al informador.

—Cierto.

—¡Pues busque el aparato! —Casi gritó el coronel.

—Lo haré, pero hay que esperar a un momento propicio. Me refiero a un momento en que los pilotos estén volando; todos ellos, claro está.

—Eso es fácil de conseguir.

—De usted depende.

—Lo sé, no hace falta que me lo diga.

El Jefe de Seguridad comprendió, que el coronel estaba altamente irritado y decidió medir sus palabras. Permaneció callado hasta que el coronel dijo:

—¿Con dos horas de tiempo tendría bastante?

—Sí señor, mejor dicho, creo que sí.

—Bien, pues haga sus preparativos.

—¿Qué horas serán ésas?

—De siete a nueve de la mañana.

—Bien.

—Ahora puede retirarse.

—Gracias, señor.

El jefe de seguridad, levantándose, saludó al coronel y dirigiéndose a la puerta salió de la estancia.

Hundíase el sol en el horizonte, cuando el coronel Burton salió de su despacho, con el entrecejo fruncido y casi sin contestar a los saludos de sus subordinados se dirigió a la torre de mandos, desde la cual a través del servicio de altavoces, habló a sus pilotos.

CAPÍTULO IX

UNA PRUEBA

Cameron no comprendía el motivo de aquel inesperado vuelo. Se les había ordenado adentrarse en el mar, hasta cierto punto, y mantenerse allí en vuelo circular. ¿Se esperaba acaso un ataque aéreo? Los motores tronaban en el espacio mientras los aparatos se mecían en el aire. El día era clarísimo y por lo tanto, la visibilidad perfecta. A través de los cristales de las carlingas, el sol entraba en su naciente postura, acariciando al aviador. El mar se extendía por debajo de los pilotos, como una inmaculada sábana de color azul, salpicada por destellos de luz, no observándose en todo lo que alcanzaba la vista el menor rastro de vida. Con los lentes levantados y el casco no ajustado, Cameron se volvió para decir a su copiloto:

—¿Qué cree usted?

—Francamente no sé, cuando nos han hecho salir por algo será. Sin embargo está todo muy tranquilo.

—Eso digo yo.

—Quizás fuese una falsa alarma.

—Quién sabe, volaremos durante el tiempo indicado y luego volveremos a la base.

—Bien.

—Coja los mandos.

—Sí señor.

Obedeciendo el copiloto cogió los mandos del aparato. Entonces quitándose el casco el Mayor, entreabrió la carlinga e hinchó sus pulmones con el aire fresco de la mañana a dos mil quinientos metros de altura sobre el nivel del mar.

—¿Cuánto tiempo llevamos volando? —preguntó el Mayor.

—Una hora y siete minutos.

—Tengo ganas de volver a la base y darme una buena ducha. Una hora bajo el agua fría, muy fría.

—Le comprendo.

En realidad en el interior de la carlinga se sudaba copiosamente, pese a todos los adelantos técnicos. El calor del motor elevaba la temperatura dentro del aparato hasta la exageración.

Mientras los aparatos volaban en su totalidad, en la base de Tobruk se estaba llevando a cabo una extraña maniobra. El jefe de Seguridad, con algunos de sus hombres, recorrió los dormitorios de los pilotos, registrando materialmente todos los rincones de los mismos. Cuando se cercioraron de que a la vista no había nada que pudiera levantar sospechas, el Mayor ordenó que fueran revisando todas las maletas de los pilotos. Una por una, se fue efectuando y cumpliendo la orden.

—Todavía nos queda media hora —advirtió el Jefe de Seguridad a su segundo que nerviosamente consultaba el reloj.

—Lo sé, pero ¿y si regresaran antes?

—Mala suerte.

—Levantaríamos sospechas y el que fuera se abstendría de actuar, despidiéndolos.

—No se preocupe. Ellos tienen una orden y la cumplirán. Tenemos garantizada la media hora.

—Mejor.

—Claro está.

La maleta correspondiente al Mayor Cameron fue al igual que todas abierta.

—Esa maleta tengo gran interés en revisarla yo —exclamó el mayor dirigiéndose hacia dicha maleta, que había cogido uno de sus hombres.

Colocando la maleta sobre la cama, procedió a abrirla. Con ansiosa mirada observó lo que en el interior de la misma se encontraba. Con gran cuidado, sin alterar el orden de colocación, fue buscando. Repentinamente encontró unos papeles, que estaban ocultos en el fondo de la maleta. Wayne acercóse con los papeles a la luz de la ventana ojeándolos. Pudo observar que con mano nerviosa separaba un papel que leyó con interés. Por unos momentos permaneció callado e inmóvil. Luego llamando a su segundo dijo:

—Lea esto.

El oficial obedeció. Luego levantó la vista, miró a su superior e hizo un gesto de comprensión.

—¿Qué le parece?

—Interesante, señor.

—Sí, mucho. Hablaré con el coronel. Ahora suspendamos el registro. Coloquen nuevamente todas las cosas en su sitio y desalojen los dormitorios.

—Bien, señor.

—Sólo tienen diez minutos.

—Lo sé.

—Pues rápido.

Después de saludar, el oficial se retiró devolviendo el papel al Jefe de Seguridad, el cual lo volvió a dejar en su sitio. Cerró la maleta y la puso donde estaba anteriormente.

El coronel Burton miró de hito en hito al Jefe de Seguridad. Este quizás se sintió molesto bajo la inquisidora mirada de su superior; rompiendo el silencio dijo:

—Sí, señor, quizás haya conseguido una prueba suficientemente fuerte para sacar a usted de dudas en cuanto al mayor Cameron.

—¿Y qué pruebas son esas?

Dándose cierta importancia, con cierto aire de superioridad, Wayne explicó:

—Hemos realizado el registro tal como habíamos dicho, no encontrando nada sospechoso, hasta que en la maleta del mayor Cameron, yo mismo encontré...

—¿Qué encontró usted? —preguntó nerviosamente el coronel.

—Una dirección.

—¿Una dirección?

—Sí.

—¿Y qué quiere probar con una simple dirección?

—Es que esta dirección no es tan simple.

—¿Por...?

—Verá, la dirección es la siguiente, Gustavo Papinni, Dunaci, Pantelaria.

Las palabras del jefe de seguridad parecieron no causar ningún efecto en el coronel, el cual sentándose tranquilamente y encendiendo un cigarrillo dijo:

—Con esa dirección no se prueba nada.

—Algo sí.

—¿Y qué es ese algo?

—Que el mayor Cameron tiene contacto extraoficial con la isla de Pantelaria.

—Eso no prueba su culpabilidad. No hay nada que le prohíba tener una amistad en Pantelaria.

Algo desconcertado por los continuos rechazos del coronel, el jefe de seguridad calló. Luego levantándose dijo:

—A mí no me acaba de gustar. Estoy casi seguro de que hay algo tras el mayor.

—Puede usted pensar lo que quiera, pero yo necesito pruebas, ¿comprende? Necesito pruebas y convincentes, nada de suposiciones ni de divagaciones. Pruebas, pruebas.

El coronel estaba por lo que se veía en un estado de irritabilidad grande paseándose de un lado a otro de la estancia con las manos en la espalda.

—Dentro de dos días haremos una nueva visita a la isla; un nuevo bombardeo. Espero que para entonces pueda usted decirme cuál es el culpable.

—Lo intentaré.

—Ya sé que no es labor fácil, pero debe cumplirse.

—Bien, señor.

—Ahora retírese y olvídense de esa dirección, ¿entendido?

—Sí, señor.

CAPÍTULO X

DUDAS

Pasado el tiempo indicado por el mando, los aparatos regresaron a la base. Durante el vuelo de dos horas de duración no se había observado la menor anormalidad, por lo que los aparatos volvían igual que habían despegado. El vuelo había sido tranquilo y calmoso, cosa casi desconocida para aquellos hombres, acostumbrados a enfrentarse con la muerte cada vez que despegaban. En perfecta formación los aviones llegaron haciendo rugir sus motores sobre el campo de aviación. Describiendo amplios círculos empezaron a perder altura disponiéndose a aterrizar. Uno a uno los aparatos fueron posándose con sobrada maestría corriendo a lo largo del campo hacia los hangares. Un cuarto de hora después, todos los aviones descansaban ya con sus enmudecidos motores sobre el césped del campo. Los pilotos bajando de sus aparatos se dirigieron a despojarse de los equipos de vuelo, los cuales resultaban agobiantes e incómodos. El mayor Cameron acompañado de su copiloto se dirigió a refrescar la «nuez», como él decía.

Casi de un tirón bebióse el vaso de espumosa cerveza que ante él habían dejado. Después de saborearla durante unos segundos, Cameron comentó.

—Resulta deliciosa.

—Sí, y más después de un aburrido vuelo de dos horas.

El copiloto de Cameron al igual que éste vació su vaso de cerveza de un solo sorbo.

Cuando el mayor se tumbó sobre su cama sintióse desasosegado, intranquilo. Durante una media hora permaneció tumbado sin conseguir tranquilizarse. En el ambiente flotaba algo desagradable que no podía llegar a definir. Repentinamente llamaron a la puerta

y entrando un soldado, notificó al mayor que el coronel le esperaba en su despacho. Cameron no se sorprendió. Esperaba inconscientemente aquella llamada. Sin prisa levantóse de la cama, y abrochándose la guerrera salió de su habitación para dirigirse al despacho de su superior.

El coronel estaba amable, quizás como nunca, si bien es verdad que siempre había demostrado gran aprecio por el mayor.

—Siéntese, siéntese...

—Gracias.

Ofreciendo un cigarrillo al mayor, el coronel encendió otro.

—¿Tranquilo el vuelo?

—Sí, mucho.

—Lo suponía.

—Yo también.

La contestación del mayor sorprendió al coronel, el cual preguntó a bocajarro:

—¿Por qué lo suponía?

—Pues con sinceridad no lo sé, pero desde el momento en que despegué llevaba la idea fija de que no sería más que un paseo.

—Tiene gracia.

—Quizás.

Sin más preámbulo el coronel preguntó:

—¿Conoce usted la isla de Pantelaria?

Sin mostrar la menor sorpresa el mayor contestó fríamente a la pregunta en los siguientes términos:

—Sí, estuve en ella hace algunos años.

—¿Interesante?

—Recuerdo bastante de ella. Es una isla que rezuma tranquilidad. Sus habitantes son gentes pacíficas.

Riendo el coronel comentó.

—No será ahora.

—Desde luego. Todo ha cambiado.

Sentados frente a frente, los dos militares continuaron hablando durante largo tiempo, casi sin guardar formulismos ni reglas, más bien hablaban como viejos camaradas.

—Bien, mayor, por lo que me cuenta esa isla debía ser un verdadero paraíso en tiempo de paz.

—Sí, se lo aseguro. Lo era.

—¿Estuvo mucho tiempo?

—Dos años.

—Debió recorrérsela de punta a punta, ¿no es cierto?

—Sí, la isla en realidad no tenía ya un palmo de terreno que yo no hubiese pisado.

Tras un cigarrillo fumaban otro y otro. En el despacho del coronel se había formado una espesa humareda. El sol casi se hundía en el horizonte cuando el coronel consultando su reloj dijo:

—Caramba, qué tarde se ha hecho.

—Es cierto —contestó el mayor, dándose cuenta repentinamente de que el sol moría.

—Otro día continuará contándome maravillas de esa isla.

—Con mucho gusto.

—Quizás cuando acabe la guerra iremos a hacer un viajecillo por ella.

Dando una palmada en la espalda del mayor el coronel se levantó y dirigiéndose a un armarito sacó del mismo una botella de coñac. Sirvió dos copitas y adelantando una hacia Cameron dijo:

—Bebamos por el éxito de nuestra empresa.

—Gracias.

—Es buen coñac.

Apurando la última gota de licor el mayor dijo:

—Tiene razón, es exquisito.

—Lo es, ¿quiere otra?

—No, gracias.

—Bien, salgamos afuera.

El aire del anochecer había refrescado un tanto el ambiente por lo que en realidad se estaba bien en el exterior.

Cuando el mayor se separó del coronel, sorprendiase de la amabilidad quizás exagerada de su superior. La noche era clara y no apetecía ir a dormir. Cameron paseó durante largo rato entre los hangares y demás dependencias del campo. Luego ya bastante entrada la noche cansado decidió retirarse.

El coronel Burton con la cabeza ladeada miraba fijamente al jefe de seguridad, el cual, parecía estar algo consternado. Burton con voz algo grave dijo:

—Le puedo asegurar la completa inocencia del mayor Cameron.

—Yo...

Sin darle tiempo a hablar el coronel atajó al mayor.

—Sí, sí, usted creía, pero no es cierto. Yo pondría las manos en el fuego por el mayor.

—No hay que precipitarse. La gente sabe mentir, ¿se olvida usted, señor?

La pregunta hecha por el jefe de seguridad, hizo que en el rostro del coronel apareciera una mueca de contrariedad.

—¿Está usted empeñado en que...?

—No es que esté empeñado en nada. Para mí, por el cargo que desempeño, todos son sospechosos hasta que no se demuestre lo contrario.

—Entiendo.

—Por ello sospecho y sospecho.

—Es comprensible.

—¿Me da usted carta blanca para actuar?

—Sí, siempre y cuando no me levante la caza.

—Descuide.

Ambos militares se miraron en silencio. El jefe de seguridad haciendo ademán de marcharse dijo:

—Le tendré al corriente de todas mis averiguaciones.

—Ése es su deber.

Cuando el jefe de seguridad hubo salido del despacho, el coronel, cogiendo un grueso tomo, de tapas coloradas, sentóse en un sillón de mimbre disponiéndose a leer.

CAPÍTULO XI

UNA PRUEBA

En la base había cierto nerviosismo. Se sabía a ciencia cierta, que aquella mañana el coronel Burton había sido citado por el general de brigada. Ello suponía algún acontecimiento de importancia. El coronel había salido a las ocho de la mañana y eran las once y media de la misma cuando aún no había regresado. Los minutos pasaban lentamente más aún cuando todos esperaban con interés la llegada del coronel para saber qué es lo que ocurría.

A las doce y media aproximadamente ocurrió lo esperado. Por la polvorienta carretera llegaba el coche del coronel seguido de una abundante polvareda, que se levantaba al paso del automóvil. El vehículo se detuvo frente a las oficinas y el coronel bajó del mismo sin prisa. Los que se hallaban cerca sufrieron una decepción al darse cuenta que el rostro del coronel, no reflejaba la menor expresión que pudiera orientarles. El jefe de la base, después de sacudirse el polvo con cierto gesto de desagrado, entró en su despacho, encerróse en él, y durante una media hora permaneció en el interior del mismo sin dar la menor señal de vida. Cosa que vino a aumentar el nerviosismo de los hombres que estaban a sus órdenes.

Después de comer el mayor se disponía a tomar café en el bar cuando le comunicaron que se personase en el despacho del coronel.

Burton con las manos cruzadas sobre su vientre hablaba muy despacio, como si quisiera observar el efecto de sus palabras sobre el mayor, el cual escuchaba atentamente lo que se le exponía.

—Ésas son las órdenes que he recibido directamente del general. Ya sé que la misión es en extremo arriesgada, pero para efectuarla es necesario un hombre como usted, de su capacidad bélica y de su

patriotismo.

—Gracias, señor.

—No hace falta que me las dé.

Cameron sonrió, y dijo:

—Su confianza en mí me halaga.

—Volará usted en uno de esos Hurricanes último modelo que nos han enviado. Ofrecen mayor seguridad que el resto de los aparatos de los que disponemos, ¿no cree?

—Sí.

—Bien, como le decía las fotografías que ha de hacer, han de ser de las bases militares, de la isla de Pantelaria, lo más cerca posible de las mismas y lo mejor hechas que pueda. Volará solo, eso le descansará de responsabilidades.

—Cierto.

Burton tendió sobre la mesa un plano de la isla y señalando diversos puntos dijo:

—Aquí es donde están las bases bélicas que componen la defensa de la isla, ¿debe conocer usted este terreno, verdad?

—Sí, lo conozco.

—Eso es una gran ventaja para usted.

El mayor Cameron asintió con un gesto de cabeza, y preguntó:

—¿Cuándo he de salir?

—A las cuatro. ¿Le parece bien?

—Sí, perfectamente, además hoy hace un día de gran diafanidad, por lo que las fotografías tienen mucho de ganado.

Burton escuchaba las palabras del mayor con complacencia.

—¿Tiene alguna sugerencia? —preguntó el coronel.

Cameron permaneció callado, y luego con la cabeza hizo un gesto negativo.

—En ese caso, puede ir haciendo los preparativos para el vuelo.

—Bien.

Cuando Cameron se disponía a salir, el coronel le detuvo diciéndole.

—Una cosa se me olvidaba.

—Diga, señor.

—Nadie, absolutamente nadie, debe saber la razón de su vuelo y hacia dónde se dirige.

—Bien.

—Es de suma importancia que no diga nada.

A la par que hacía un gesto de comprensión, Cameron contestó:

—De acuerdo.

A través de los cristales de la ventana el coronel vio alejarse al mayor. Una vez éste hubo desaparecido en un recodo, se dirigió al teléfono y descolgando el auricular dijo:

—Que venga el mayor Wayne —y seguidamente volvió a colgar el auricular.

Pocos minutos después entraba en el despacho la insignificante figura del mayor.

En pocas palabras el coronel Burton explicó al jefe del servicio de seguridad, el hecho de que había encomendado una misión especial al mayor Cameron. Pareció sentarle mal a Wayne, pues levantándose como un resorte de donde estaba sentado, dijo:

—¿Pero cómo una misión tan delicada se la ha encargado al mayor, cuando sobre él recaen las dudas, de que sea un posible informador enemigo?

Sin alterarse lo más mínimo, el coronel Burton dijo:

—Sigo diciéndole que el Mayor me merece toda la confianza, pero fíjese en una cosa, en este vuelo en realidad no se arriesga nada, más que unas fotografías, que otro buen piloto podría volver a hacer, y si realmente fuera un informador enemigo, le brindamos una ocasión para que se quede con los suyos.

Las palabras del coronel parecieron calmar al jefe del servicio de seguridad.

—Si no vuelve nos habremos librado de él, y usted, señor, tendrá un gran desengaño.

—Si no volviera, así sería, pero el Mayor volverá.

—Dios lo quiera.

Por unos momentos hízose el silencio, pero repentinamente el coronel Burton dijo:

—Saldrá con uno de los aparatos de los últimos modelos que hemos recibido, y con un equipo de fotografías perfeccionado, total que irá a cumplir su misión con el mejor material de que disponemos.

Con cierto soniquete de duda algo desagradable Wayne comentó:

—Bueno, bueno, ya veremos lo que pasa.

—¿Se empeña usted...?

—No, ya le he dicho que no me empeño en nada, señor, solamente que desconfío de todos.

Durante un buen rato los dos hombres continuaron la conversación, con cierta tensión nerviosa por ambas partes.

El sol caía de pleno sobre el campo de aviación, sobre el que reinaba una calma sofocante, levantándose del suelo capas de aire recalentado, que en ocasiones parecía que iba a cortar la respiración a quien tuviera la mala suerte de verse envuelto en una de estas capas. Tan grande era el calor reinante, que los bidones de gasolina para los aparatos de aviación habían tenido que ser llevados a unos improvisados sótanos, o bien protegidos del calor mediante unas duchas de agua que cada media hora se les daba. Los hombres de los servicios auxiliares del campo, andaban de un lado para otro, llevando como única vestimenta unos pantalones cortos y una camisa de campaña, la mayoría de ellos habían substituido las botas por sandalias. Cuando la ligera brisa del mar entraba sobre el campo, la temperatura descendía considerablemente, haciéndose incluso agradable, pero en los días como aquél, en que no soplaba la más mínima ráfaga de aire el calor era en realidad insoportable. En medio de aquel derroche de luz y de calor, se preparaba el vuelo del Mayor Cameron. El aparato estaba siendo revisado cuidadosamente y bajo la vigilancia del propio Cameron se acoplaban las cámaras fotográficas.

CAPÍTULO XII

¿QUÉ PASARÁ?

Mientras el motor se calentaba, Cameron observaba el limpio cielo, en el que no había ni el menor rastro de nubes. Los rayos del sol atravesaban la limpia atmósfera sin dificultad de ninguna clase. Las hélices del aparato, entonaban su canción de fuerza y el aparato apoyado en su tren de aterrizaje temblaba ligeramente esperando el momento de ascender en busca de los espacios. El mayor Cameron subió al aparato, ajustó el cinto de seguridad, cerró la carlinga y después de colocarse el casco de vuelo dispúsose a despegar. Con las manos hizo la señal de «fuera calzos» y los ayudantes dejaron al aparato en condiciones de emprender la carrera. Con mano firme y precisión matemática, Cameron fue dando gas al motor, el cual comenzó a rugir más frenéticamente, el aparato comenzó a moverse desplazándose por el suelo. Poco a poco fue ganando carrera, levantándose de cola. El cuentarrevoluciones indicaba el número de ellas necesarias para poder despegar sin miedo de entrar en pérdida. Un tirón del poste de mando, inicia al aparato en una vertiginosa ascensión. Como un ave fue alejándose en el espacio con gran serenidad y elegancia de movimientos. El compensador automático encargado de mantener al aparato en perfecta posición de vuelo, trabajaba maravillosamente. El avión sin dar el menor cabeceo ni movimiento de alabeo fue empujándose en el inmenso del azul.

La torre de mandos comunicó al mayor el estado del tiempo a lo largo de la ruta que debía cubrir. Notificándosele que éste era perfecto para el vuelo a lo largo de toda la ruta.

Cuando unos diez minutos después de haber despegado el mayor, entró en el despacho del coronel Burton, el jefe del servicio

de seguridad. El coronel dijo como único y escueto saludo.

—Ya está.

—Sí, ya está. Ahora sólo nos toca esperar.

—Eso es.

Encendiendo ambos un cigarrillo se sentaron en respectivos sillones de mimbre, Burton desabrochóse algo la guerrera para padecer menos los rigores del tiempo. Observando el rostro del coronel podía verse en él, cierta y débil expresión de intranquilidad, finamente captada por el jefe de seguridad, el cual se abstuvo de hacer el menor comentario. Burton, consultó su reloj y echando la cabeza hacia atrás pareció querer conciliar el sueño. Sin embargo y en realidad, lo único que quería en aquellos momentos de nerviosismo era rehuir la conversación con Wayne. Parecía oírse todavía en el espacio el tronar del motor del avión pilotado por Cameron. Sin embargo, éste ya se había perdido en el horizonte, no quedando de él más que la ansiedad de su regreso.

Los oficiales y demás pilotos de la base estaban algo extrañados por aquel vuelo efectuado por el mayor. Todos habían intentado averiguar la causa de éste, sin obtener por ello el menor detalle sobre el mismo. Las preguntas y las falsas respuestas corrían de boca en boca con la velocidad que arde un reguero de pólvora. Nadie sabía nada fijamente y las suposiciones y afirmaciones se contradecían unas a otras de tal modo, que llegóse a formar un verdadero laberinto de ideas. Los aviadores merodeaban alrededor de la torre de mando, esperando por ésta llegar a saber algo. Pero los servidores de dicha dependencia, incomunicados por completo siguiendo órdenes del coronel, no pudieron informar en lo más mínimo sobre el mayor Cameron. De vez en cuando el coronel se ponía en contacto con la torre mediante el teléfono pidiendo ansiosamente información sobre el aparato en vuelo.

—Prosigue el vuelo con toda normalidad —decía el coronel a su compañero después de cada información recibida.

—Bien —se limitaba a contestar Wayne.

—Dentro de algunos minutos habrá llegado sobre la isla realizando las fotografías. Dentro de una hora, por lo tanto, sabremos a qué atenernos sobre él.

—Por usted más que nada deseo que el mayor vuelva demostrándonos su inocencia.

Los minutos parecían hacerse siglos en aquella angustiosa espera. El coronel Burton no hacía nada para ocultar su nerviosismo. Se había levantado y paseaba de un lado a otro de la estancia dando largos pasos y haciendo rápidos giros cada vez que llegaba junto a los límites de la habitación. El sol algo inclinado entraba por las ventanas inundando de luz la habitación, donde el humo de los cigarros formaba una espesa nube. Los ceniceros cada vez más llenos demostraban el nerviosismo reinante. Los dos hombres a intervalos irregulares consultaban sus respectivos relojes.

—Ya no tardaremos en tener noticias —exclamó Burton.

—Sí, en realidad falta poco para que haya transcurrido el tiempo preciso.

Volviéndose a sentar el coronel dijo:

—Aun teniendo fe en el mayor, no puedo negar que estoy nervioso.

—Es natural, la prueba es para definir y por ello se comprende su nerviosismo.

Encendiendo un nuevo cigarrillo el coronel Burton preguntó con cierta sorna:

—¿Si regresa el mayor, sobre quién recaerán sus sospechas?

La pregunta hecha al mayor Wayne, dejó a éste un tanto sorprendido, pero reaccionando contestó:

—En particular en nadie. Estoy algo desconcertado, lo confieso, pero en general sobre todos los pilotos y personal de tierra.

—Será necesario hacer una selección.

—Claro está.

—¿Entre los que estará el mayor?

—Por supuesto que si vuelve, estará dentro de la selección de «no sospechosos».

—Bien, ya puede, pues, ponerlo en cabeza.

—Aun no ha vuelto.

—Pero no tardaremos en tener noticias de su regreso.

—Entonces bien, pero por ahora...

Burton interrumpió al jefe de seguridad preguntando:

—Así, en definitiva, ¿no tiene ningún otro sospechoso?

—No.

—¿Y qué piensa hacer? Si los italianos siguen demostrándonos con sus actos, que saben el día y hora en que les vamos a atacar.

Wayne permaneció callado como meditando la respuesta, aunque Burton sabía positivamente que el militar no sabía qué contestar. El coronel con cierta ironía preguntó:

—¿Seguirá buscando, no?

—Desde luego.

—Ésa es su misión, pero no sólo se reduce a buscar, también tiene que encontrar.

El mayor Wayne comenzó a sentirse molesto por las palabras de su superior, y decidió soportar con resignación sus ironías. Pasaban los minutos lentamente y hacía ya aproximadamente unos catorce que no se tenía noticias del mayor. El nerviosismo de Burton aumentó.

—Dentro de unos minutos tendría que estar aquí, ¿no es cierto? —preguntó Wayne.

—Sí.

—Y no hay por ahora noticias de su regreso, es algo extraño.

—Un retraso lo puede provocar cualquier cosa.

—También es verdad, ¿pero por qué no lo comunica?

—Él lo sabrá.

Las agujas del reloj continuaban indiferentes, marcando minuto tras minuto, el tiempo que pasaba.

CAPÍTULO XIII

EL VUELO

Cuando Cameron despegó del campo de Tobruk, comprendió que la misión que se le había encargado, era difícil de cumplir. El hecho de tener que fotografiar las bases enemigas a pleno sol sin escolta de ninguna clase, era por demás expuesto. Las posibilidades de éxito eran limitadísimas. Sin embargo había que cumplir la orden dada. El aparato volaba en inmejorables condiciones y el motor respondía perfectamente a las necesidades del vuelo. En la carlinga del Hurrican el mayor pensaba que quizás no volvería a la base. Por unos momentos estuvo completamente seguro de ello. Con gran fuerza de voluntad desechó las ideas macabras que le asaltaban. Era un buen piloto y no tenía por qué temer. Los aparatos indicadores en el tablero de mandos daban a conocer al mayor, la situación y las condiciones técnicas en que efectuaba la travesía. A dos mil quinientos metros de altura el avión entró en una fuerte corriente de aire ascendente, que le hizo ganar en velocidad. Bajo el avión se extendía la sábana azul del mar, en perfecta tranquilidad, sobre la que no se destacaba absolutamente nada. Las hélices del avión silbaban al cortar el aire sustentador y el avión desplazábase por él a gran velocidad.

Pantelaria aún quedaba bastante al norte, cuando Cameron vio volar sobre él a unos quinientos metros a un aparato italiano. Al parecer el piloto italiano no se había dado cuenta de la presencia del avión británico, pues, haciendo caso omiso de él continuó el vuelo por encima. Cameron por unos momentos dudó en acometerle. Cabía la posibilidad de que el italiano le hubiera visto en realidad, pero no se atreviese a atacarle. En ese caso hubiera comunicado con la base de Pantelaria y le saldrían al encuentro.

¿Quizás no le habría visto? Cameron decidió no acometerle. El aparato italiano fue alejándose, puesto que el mayor cortó gas perdiendo velocidad a propósito. La silueta del avión italiano se recortaba en la lejanía, Cameron ganó altura y corrigió el vuelo, puesto que el viento que se había levantado soplando del este le había hecho entrar en un muy pronunciado ángulo de deriva.

Pantelaria aparecía a lo lejos, como un gran cetáceo flotando en las aguas. Intrépidamente sin pensar, pues ello era imposible, Cameron dirigió su aparato hacia la isla en línea recta, sin efectúa un vuelo de tanteo a gran altura. Se iba acercando a la isla, la cual al disminuir la distancia iba aumentando de tamaño. Los contornos de la isla aparecían limpios. Hasta aquel momento no había habido la menor señal de agresión. Después de repasar las cámaras fotográficas, Cameron se dispuso a lanzarse sobre la isla. Volando sobre la base, señalada por el coronel Burton como de primordial interés, Cameron picó sobre la misma. Cuando llegó a la altura que él creyó prudente, pulsó los disparadores automáticos de las cámaras, y después levantó vuelo satisfecho de aquella primera pasada. Describiendo un círculo el mayor se dirigió hacia el lugar donde estaban emplazadas las defensas de costa. Al dirigirse hacia ellas, las piezas antiaéreas de la isla comenzaron a disparar sobre él. Las nubecillas de las explosiones procedentes de los proyectiles antiaéreos bordeaban al aparato británico, sin llegar por el momento a hacer blanco. Con sorpresa el mayor comprobó, que los italianos no lanzaban la aviación sobre él, sino que se limitaban al fuego desde tierra, cosa que fue como es natural del agrado del mayor. Para evitar en lo posible la eficacia de las piezas de defensa Cameron bajó casi al ras del suelo, desconcertando con ello a los artilleros de las piezas. Sobre el muelle militar, Cameron lució su maestría de piloto haciendo las fotografías sobre los muelles a cortísima distancia. Luego ganó altura nuevamente y se dirigió a las bases del interior de la isla. El fuego de las defensas se intensificó un tanto cuando se adentró. Las piezas emplazadas en las montañas le disparaban incesantemente. Después de unos cuatro minutos de vuelo, llegó a su destino donde burlando con gran peligro, a la artillería, realizó con gran pericia la operación.

Lo difícil ya estaba hecho. Se disponía a volver a Tobruk, después de realizar las últimas fotografías, pisando timón de

dirección, rectificando vuelo, cuando de pronto como verdaderos fantasmas aparecieron a la vista de Cameron cinco aparatos de caza italianos. El mayor comprendió que su única salvación era ganarles espacio, más los aparatos enemigos se acercaban a gran velocidad, dándole alcance. El combate iba a ser muy desigual. Por número la victoria correspondía ciertamente a los italianos. En hábil y sorprendente maniobra el mayor picó pasando por debajo de sus enemigos y colocándose a espaldas de los mismos. Antes de que éstos se diesen cuenta, Cameron arremetía contra ellos haciendo resonar sus ametralladoras. Las primeras ráfagas no lograron dar en el blanco, perdiéndose los proyectiles en el aire, cayendo luego sobre el suelo de Pantelaria. Molestos los italianos por la burla del aparato británico lanzáronse los cinco casi a la vez sobre Cameron. Este dejóse resbalar sobre el ala izquierda saliéndose así, del círculo de fuego formado por las ametralladoras de los cinco aparatos. Después de dar gas a fondo elevóse en ángulo muy pronunciado, arremetiendo contra la cola de un caza enemigo. Pulsó el mayor los gatillos de las ametralladoras y éstas comenzaron su tartamudo cantar. Los proyectiles dieron en el blanco. La cola del aparato enemigo quedó materialmente destrozada. Sin control de vuelo el avión italiano picó entrando en barrena y estrellándose minutos más tarde.

Los restantes cuatro aparatos, picados en el amor propio por la pericia de aquel solitario que tan valerosamente les presentaba cara, lanzáronse con desesperado desenfreno sobre el Hurrican. Las piezas de tierra habían dejado de disparar, dejando a los cuatro aparatos la misión de derribar al enemigo. El cansancio rendía al mayor Cameron, el cual luchaba heroicamente contra sus cuatro enemigos. Mantener a los aviones italianos a raya era misión difícilísima. Sin embargo la gran pericia y veteranía del inglés, conseguía hacer que los aviones enemigos temieran acercarse a él.

La angustia se agolpaba en la mente del mayor. Su serenidad y su pericia le demostraban claramente que inevitablemente estaba perdido. Los aparatos le asediaban hasta la desesperación. Por más esfuerzos que hacía el mayor no lograba deshacerse de ellos. El Hurrican algo más hábil en movimientos era la única ventaja con que contaba el mayor sobre sus enemigos. Sin embargo la superioridad numérica era ventaja muy marcada sobre el mayor, y

esta ventaja se puso de manifiesto.

Las aguas del mar lamían pacientemente las orillas de la isla. En el cielo reinaba nuevamente la calma, mientras que en la ondulada superficie de las aguas flotaban los restos de un avión. En un pedazo de fuselaje, podía distinguirse claramente el distintivo de la aviación británica. Las luces del crepúsculo bañaban los espacios, tiñéndolo todo de vivos colores. Hízose el silencio, percibiéndose solamente el murmullo producido por las aguas en el continuo y monótono romper sobre la costa. Ruido siempre igual, pero siempre diferente. Poco a poco comenzaron a parpadear en el infinito de la bóveda celeste, los centenares de estrellas que milagrosamente en ella están suspendidas, como demostración de la insignificancia de la existencia del hombre. Ahora la sabia naturaleza imponía como luto postrero, el silencio de lo sideral y lo bello de lo incomprensible. Los bramidos de los cañones habían terminado como avergonzados de sí mismo, y las aves de acero habían suspendido su vuelo artificial como temiendo desencadenar la furia del Creador. Lo falso sucumbía bajo los efectos de lo natural, la maldad o la lucha no había podido destruir la belleza del atardecer, donde muere el día o nace la noche con su sonoro silencio, poblado de misterio y de belleza. Fulgurando allí arriba, las luces de los espacios juzgaban a los hombres, que quizás con despótica maldad miraban envidiosos lo que nunca comprenderían. Donde minutos antes había habido una lucha a muerte entre los hombres, ahora reinaba la paz, y en el fondo de las aguas de los mares se encontraban las pruebas residuales, de lo que el hombre llama «arte de la guerra».

CAPÍTULO XIV

LA SENTENCIA

El reloj de la oficina marcaba las siete de la tarde. Su tictac con impertérrita marcha marcaba el tiempo que iba transcurriendo. El coronel Burton con el rostro bañado en sudor y visiblemente pálido, tamborileaba con las puntas de sus dedos sobre la mesa de su despacho. Frente a él se encontraba el jefe del Servicio de Seguridad, el cual en silencio miraba a su superior.

—Ante la evidencia de los hechos debo rendirme —comentó el coronel.

—Mis sospechas no eran infundadas. El Mayor no ha vuelto: Se ha quedado en Pantelaria con los suyos.

—Cabe la probabilidad de que haya sido derribado.

—Nos hubiera notificado por radio que presentaba combate.

—¡Quién sabe!

Los dos militares permanecieron callados por un buen rato, hundido cada uno en sus pensamientos e ideas. El coronel Burton estaba realmente desconcertado. Para él era imposible que el Mayor tuviera algo que ver con las fuerzas enemigas. Aun comprobando el hecho de que Cameron no volvía de su misión, le costaba creer que éste se hubiera quedado con los italianos. Poco antes de las ocho de la noche, el jefe de servicios auxiliares, notificó, la completa ineficacia de la búsqueda radiofónica, pues por más que hacían, no lograban comunicar con el avión compatriota.

—Gana usted la partida por el momento.

El Jefe de Seguridad con satisfacción contestó:

—Lo siento por usted.

—Qué más da. Siempre la realidad se impone.

—Eso es verdad.

—Y en esta ocasión la realidad ha sido aplastante por demás, tenía plena confianza en el Mayor.

—Nunca se puede confiar abiertamente en nadie. La experiencia lo demuestra.

—En esta ocasión, sí.

—¿Qué piensa hacer? —preguntó el Jefe de Seguridad.

—Yo nada. Usted cursará y hará los trámites necesarios para dar término a este asunto.

—Sí, señor.

—Pero...

—¿Pero qué, señor? —preguntó el mayor.

—¿Y si lo hubiesen derribado?

—Si es así, nos enteraremos.

—Bien, deje pasar tres días antes de hacer nada.

—Como usted ordene.

—Sí, es mejor. Dejemos un margen de tiempo. No queramos correr demasiado y nos vayamos a coger los dedos.

El Jefe de Seguridad sonrió con ironía a la par que decía:

—Usted manda.

Burton, abrochándose la guerrera, hizo ademán de salir del despacho, por lo que el jefe de seguridad se echó a un lado, para dejar el paso libre a su superior.

—Gracias.

El coronel casi sin volverse a mirar al mayor se despidió de éste diciendo:

—Hasta mañana. Buenas noches.

El Jefe de Seguridad saludó militarmente a su superior, pero éste ya se alejaba con paso rápido y decidido.

Burton no pudo conciliar el sueño en toda la noche. Las ideas y las pesadillas se sucedían con increíble continuidad. Dos o tres veces se despertó a medianoche sobresaltado, sudoroso y jadeante, con la impresión de que algo malo le pasaba. Camarón... Cameron... En el fuero interno del coronel algo le decía que el mayor no era un traidor, ni mucho menos. Tenía la casi completa seguridad que algo malo le había sucedido y que por ello no había vuelto. Burton había visto luchar al Mayor en varias ocasiones en distintos frentes y líneas de fuego. Y siempre en todas las ocasiones se había portado como un patriota y guerrero. Por ello era del todo

imposible desde el punto de vista de Burton, que el Mayor hubiera resultado un informador italiano. El coronel deseaba que amaneciera. Quizás con las luces del nuevo día se disipasen sus preocupaciones.

La torre de mandos del campo de aviación, estaba situada en el ángulo derecho del mismo. Se elevaba sobre las demás dependencias de la base, con cierto orgullo. La galería que en lo alto de la misma había, completamente construida de vidrio, daba albergue a una larga serie de aparatos científicos, de gran utilidad para los hombres en vuelo. Desde el simple anemómetro, hasta el radiofaro, se encontraban todos los aparatos necesarios y que debe tener toda buena torre de mando. El coronel Burton de pie junto al aparato transmisor, observaba al servidor del mismo que a intervalos iguales lanzaba al espacio la llamada de la base. Por más que se llamó, no se obtuvo respuesta de ninguna clase. Los aparatos de «escucha» atisbaban continuamente el espacio en busca de algún sonido que aliviara el ánimo del jefe de la base. Pero todo era inútil, completamente inútil. El mayor Cameron no volvía.

—De todos modos, sigan observando y llamando —ordenó el coronel antes de abandonar la torre.

—Sien, señor —contestó el jefe de servicios auxiliares.

—Cualquier cosa que sucediese avisen. Es de gran interés para mí.

—Así lo haremos.

Cuando Burton salió de la torre sentía un peso enorme sobre su alma. La decepción que había tenido, parecía haberle envejecido un montón de años. Con paso lento se dirigió a su despacho, pasando antes por el bar de la base para almorzar algo. Cuando entró en dicho sitio pudo darse cuenta de que varios pilotos hablaban del mayor Cameron, y que cuando le vieron dejaron de comentar. Los oficiales saludaron respetuosamente al coronel. En un rincón de la sala entraban los tenientes Leith y Powell, los cuales, observando el estado del coronel, comentaron.

—Por lo que se ve, le ha afectado mucho el que no volviera el mayor Cameron.

—Hasta cierto punto es natural, Leith. Según creo se conocían hace ya varios años, y han combatido en repetidas ocasiones juntos.

—Entonces se comprende, pero y tú, ¿qué crees, qué le habrá

pasado al mayor? Dime.

—Pues lo más lógico; lo habrán derribado. Marchó él solo, según creo para cumplir una misión delicada. Los italianos se le habrán echado encima.

—Lástima.

—Sí, era un buen piloto y un gran compañero, aunque algo retraído.

—Todos tenemos nuestras cosas.

—Cierto.

Los dos oficiales continuaron haciendo comentarios. Unos quince minutos después de entrar en el bar el coronel, un soldado con paso precipitado se acercó a éste, y cuchicheóle algunas palabras. Dejando el almuerzo salió rápidamente de la estancia.

Cuando el coronel llegó a la torre de mandos, el teniente encargado de las transmisiones, después de saludar dijo:

—Nos ha comunicado un submarino, que ayer a las siete de la tarde, cuando navegaba en superficie para cargar baterías, al sur de Pantelaria, pudo oír con toda claridad un fragor de un combate en dirección de la isla.

Burton permaneció callado con cierta sonrisa de satisfacción en su rostro. Luego preguntó:

—¿Nada más?

—Sí, nos comunica que por las explosiones, han deducido que el fuego era de piezas de tierra.

—¿Antiaéreos?

—Posiblemente, señor.

—Gracias.

Burton ya sabía que Cameron se había defendido como un valiente.

CAPÍTULO XV

EN TIERRAS ENEMIGAS

Las manos se crispaban sobre las rocas. Con el cuerpo hundido en aguas hasta el pecho, hacía verdaderos esfuerzos para mantenerse a flote. Las rocas resbaladizas por el efecto de las aguas, no ofrecían gran seguridad. El oleaje golpeaba sus espaldas aplastando su cuerpo contra las rocas. Poco a poco y haciendo grandes esfuerzos fue elevándose, sacando su cuerpo fuera del agua. La herida del muslo le dolía fuertemente y la sangre que había perdido le había debilitado intensamente. Por fin, después de largos sufrimientos Cameron se tumbó sobre una roca plana. Con ojos entreabiertos podía ver en la negrura de la noche el centellear de las estrellas. Su respiración desigual ponía de manifiesto su cansancio y agotamiento. La noche le protegía y sus enemigos al ver que su aparato se precipitaba en el mar, le habían dado por muerto. Sin embargo, por un milagro, el mayor había conseguido salir de la carlinga antes de que el avión se hundiese. Nadando fue acercándose lentamente a la costa. Permaneció tumbado sobre la roca cerca de media hora, en el transcurso de la misma su respiración fue igualándose. Faltaban seis horas para que amaneciera. Cameron pensó que si el sol saliese sin que él, tuviera dónde refugiarse sería irremisiblemente hombre muerto. Haciendo un esfuerzo incorporóse observando el lugar en que estaba. Repentinamente en su imaginación formáronse las imágenes de un pasado, recordó aquel lugar, y sintió que en medio de su tragedia se abría una luz de esperanza.

EL peligro de ser localizado por alguna patrulla italiana existía de un modo aplastante. Arrastrándose, saltando de protección en protección, Cameron se internó en las tierras de Pantelaria. Si su

memoria no le engañaba, estaba cerca de una aldea, donde en antaño había tenido buenos amigos. También recordaba que a unos trescientos metros de la misma había un gran caserón. Protegido por la obscuridad no resultaba muy difícil llegar hasta dicho pueblo. Cameron desechó la idea de seguir los caminos rurales, por lo que su avance se realizaba a campo traviesa, esquivando de este modo un gran número de peligros. La pierna herida le flaqueaba de vez en cuando, cayendo dos veces al suelo, volviéndose a levantar tras largos esfuerzos. El terreno por el que avanzaba era pedregoso y muy desigual, por lo que ofrecía grandes dificultades. En una ocasión le pareció oír voces a poca distancia de él, por lo que quedó completamente inmóvil escuchando. Sin embargo, por más esfuerzos que hizo no volvió a oír nada. Pensó que quizás fuese fruto de su nerviosismo. Los troncos de los árboles que comenzó a encontrar fueron para él motivo de alegría, pues le ofrecían camuflaje. De pronto sintió que el corazón se le paralizaba. Pudo oír claramente el motor de un coche que al ir aumentando su volumen indicaba que se acercaba adonde estaba él. Con grandes precauciones tumbóse en el suelo y esperó. Sentía los golpes de su corazón y sus manos estaban impregnadas de un sudor frío. La negrura de aquellos parajes, fue rota por los faros de un automóvil, que cogiendo una curva pasó cerca de él. Sus manos se clavaban en el suelo en un rictus de angustia y desesperación. El coche se alejó volviéndose a extender la obscuridad y el silencio. Incorporándose nuevamente comenzó la marcha, por el inseguro terreno. Los árboles al igual que fantasmas se elevaban del suelo imponiendo su masa. Cameron sentíase debilitar por momentos y llegó a dudar de si llegaría al punto de destino que se había propuesto. Sabía positivamente que al sitio donde se dirigía podía contar con seguros y nobles amigos. Después de dos horas de marcha, por aquellos lugares que años atrás había recorrido en la más absoluta de las calmas, llegó a un promontículo. En el terreno que bajo él se extendía, podían verse varias luces que centelleaban débilmente, demostrando la existencia de edificios. Estudiando la posición de aquellas luces Cameron se aseguró de dónde estaba con gran precisión. Decidido echó a andar. Repentinamente sintió que sus pies se humedecían. Detúvose y al agacharse, comprobó con alegría que a sus pies corría un pequeño arroyuelo. Haciendo cazuelilla con

sus manos el Mayor bebió la rica y fresca agua, con la que se sintió confortado. Después de beber pensó que le quedaba tiempo de sobras para llegar hasta el pueblo, y entonces decidió descansar un tanto. Sentado sobre una gruesa roca permaneció inmóvil mientras sentía las palpitaciones de su corazón. Las imágenes del pasado se amontonaban en su mente, pugnando unas contra otras por permanecer retenidas, pero la sucesión de ideas, naciendo en los recuerdos, empujaban las imágenes en rápido y tumultuoso desfile.

Quizás había dormido. Cuando el Mayor levantó la cabeza de las palmas de sus manos, aún brillaban en el espacio las estrellas y en el pueblo centelleaban las luces de las casas. Más aliviado tras el descanso, decidió continuar la marcha. Sus piernas respondían algo mejor a las necesidades de la marcha, aunque la herida del muslo le dolía intensamente. Aun pudiendo andar más deprisa, lo hizo despacio y con más precauciones. El estar más cerca de la pequeña aldea, suponía por un lado el refugio y por otro un aumento de peligro. El descenso por la ladera, hacia el pueblo, era una promesa de seguridad y de peligro, congruencia que martirizaba al Mayor. La noche continuaba cerrada por completo y a espaldas de Cameron, por el horizonte comenzó a levantarse negras brumas, que tendían a aumentar la obscuridad de la misma. Las manos le sangraban. El andar a tientas le hacía perder el equilibrio, por lo que varias veces sus manos se asían a matas y plantas punzantes que le herían. La inseguridad de la marcha era agotadora, por la irregularidad del terreno, que en varias ocasiones cambiaba súbitamente de configuración. Dos veces pareció oír al mayor voces a poca distancia de él. Las dos veces contuvo la respiración, en el deseo de no producir el menor rumor. La primera de las veces no pudo cerciorarse de si realmente hablaban, pero la segunda de ellas, con gran horror pudo oír unas voces que se acercaban a él. Al parecer eran dos hombres. Hablaban italiano correctamente y Cameron pudo escuchar parte de una conversación.

—Valiente majadero. Mira que venir solo.

—No tiene importancia. Ahora ya está fuera de combate.

—Dio bastante que hacer... —Es cierto pero al final...

—Al agua.

—Si...

La conversación era bastante clara, para no entender el Mayor

que aquellos hombres hablaban de él Aguzando el oído escuchó:

—Mañana dragarán el sitio donde ha caído, pues ha ido a parar a los bancos de arena. Así veremos qué cara tiene.

—Sí.

—Y también lo acribillado que estará. Le habrán metido una buena ración de plomo.

—Seguro.

Los dos hombres rieron estrepitosamente. Cuando dejaron de hacerlo y reanudaron la conversación, se habían alejado ya considerablemente, por lo que el mayor sólo pudo coger un par de palabras al vuelo.

—El teniente... dice...

¿Qué pasaría cuando descubrieran que no estaba dentro del aparato? Ésta fue la pregunta inmediata que se hizo el Mayor, respondiéndose rápidamente:

—No dejarán piedra sin mirar hasta que me encuentren.

—La situación era difícil, más de lo que él había creído. Los hechos habían aumentado la tensión nerviosa del mayor. Con horror vio que las luces del pueblo le bailoteaban ante sus ojos. Sintió que las piernas le temblaban, y asiéndose fuertemente a una rama permaneció por unos momentos cogido y luego fue resbalando. Sus rodillas tocaban el suelo, todo se nubló ante sus ojos y desvanecido cayó tendido sobre el terreno. La herida del muslo le sangraba abundantemente.

CAPÍTULO XVI

EL ENCUENTRO

Cuando Cameron abrió los ojos creyó soñar, pues ante él vio el rostro bello y juvenil de una muchacha que inclinada sobre su rostro le miraba con cierta admiración. Como ocurre en estos casos, Cameron preguntó:

—¿Dónde estoy?

La joven le sonrió y con acento dulce y consolador respondió a la ansiosa pregunta:

—Está en sitio tranquilo, se lo puedo asegurar.

Cameron sonrió y cerrando los ojos permaneció callado mientras escuchaba la acompasada respiración de su acompañante. Por unos momentos creyó percibir un tenue y agradable perfume femenino, y notó que su corazón se aceleraba. Después de permanecer durante unos minutos con los ojos cerrados, los abrió de nuevo y vio que la joven muchacha se había marchado. Sin prisas recorrió con la vista la estancia donde se encontraba. Era una habitación amplia, con suelo de rojo ladrillo y paredes blancas como la nieve, de las cuales colgaban algunos cuadros con muy diversos motivos. En un rincón pudo ver un viejo armario de madera oscura y con un gran espejo, en él pudo ver reflejada la ventana que había casi a la cabecera de su cama. Tan absorto estaba en sus observaciones que no se dio cuenta, de que la joven que anteriormente había estado junto a él, volvía a entrar en la habitación llevando sobre sus brazos ropa de paisano. La joven acercándose a la cama preguntó:

—¿Cómo se encuentra?

Volviéndose hacia ella, Cameron contestó:

—Bastante recuperado.

—Es natural. Ha dormido casi ocho horas y le hemos curado la

herida que tiene en el musió.

—Muchas gracias.

Como adivinando la serie de preguntas que se acumulaban en la mente de Cameron, la joven dijo:

—Le encontró mi hermano tendido en el suelo y con mucho cuidado le trajo a casa. Mi padre es médico y dice que no es nada serio lo que tiene, usted.

Cameron visiblemente contento respondió.

—Estoy en buenas manos por lo que parece.

La joven levantando la vista y fijando sus ojos en los de Cameron comentó con cierta altanería:

—Puede estar usted seguro de ello.

—No quise ofenderla con mi comentario.

—Desde luego lo sé.

La joven había dejado la ropa sobre la cama de Cameron y dirigiéndole una sonrisa dijo:

—Levántese vístase de paisano y baje. Mi padre quiere hablarle.

—Bien.

—Si necesita algo llame.

—Gracias.

Con paso rápido la joven se dirigió hacia la puerta, saliendo de la habitación.

Mientras se vestía el mayor con aquellas ropas, consistentes en un pantalón de pana y una camisa de franela, así como unas viejas botas de montaña, se hacía las mil cábalas, tranquilizando1 sus nervios y prometiéndose a sí mismo, buena suerte.

Las escaleras por las que bajó a la planta baja, eran de madera y estaban bastante gastadas. Cuando llegó a los últimos peldaños de la misma, pudo ver ante él, una amplia y magnífica habitación, en cuyo centro había una amplia mesa. Mirando estaba todo lo que aparecía ante su vista, cuando oyó una voz varonil que sosegada le decía:

—Venga, mayor, siéntese.

Cameron se volvió hacia el sitio de donde procedía la voz. Distinguió a un hombre de bastante edad, con una barba recortada, que le indicaba un asiento. Obedeció el joven y el otro explicó, adelantándose a sus palabras:

—Cuando le trajo mi hijo Olaf estaba usted sin conocimiento,

pero enseguida pude ver que se restablecería rápidamente. Hizo una pausa y luego añadió: Me llamo Nissen y soy médico. Desde hace muchos años vivimos aquí con mis hijos. Como somos súbditos suecos, pertenecemos a una nación neutral y los italianos no nos han molestado. Y por cierto, éstos le estarán buscando a usted ahora. Se han dado cuenta de que no murió y debe permanecer oculto en casa.

—Se lo agradezco, pero les expongo a un riesgo enorme.

Nissen se encogió de hombros.

—La vida es una serie de riesgos. Usted mismo se ha arriesgado mucho.

Cameron asintió.

—Me he salvado por milagro.

—Puede decirlo.

—Aún no comprendo como he salido con vida de las acometidas de los cazas italianos.

—Sencillamente no era su hora. Cuando llegue ésta no habrá fuerza humana capaz de salvarle.

—Tiene razón.

—Ahora venga. Necesita reponer fuerzas y eso, solamente se logra con un buen almuerzo.

—De nuevo tiene razón.

Levantándose, se dirigieron hacia la mesa de la habitación donde la joven que había atendido en un principio al mayor, había servido un abundante almuerzo.

—Mi hija tiene una mano estupenda para la cocina.

—Así parece —contestó Cameron mirando las viandas.

—Siéntese y coma cuanto quiera.

—Gracias.

Obedeciendo Cameron comenzó a comer con gran apetito. Durante el almuerzo poco se habló. A finales del mismo, entró repentinamente en el comedor jadeante un joven de aspecto robusto, que con voz entrecortada por la fatiga dijo:

—¡Están registrando el pueblo, casa por casa! ¡No tardará la patrulla en llegar aquí!

Todos callaron mirándose unos a otros. Repentinamente el anciano levantándose dijo:

—Debe esconderse. Acompáñale, Olaf; ya sabes adónde. El

anciano hizo un gesto indicando al mayor que siguiera al joven.

Cameron preguntó:

—¿Mi uniforme?

—No tenga miedo. Está convertido en un montón de cenizas.

—Eso está bien.

Con voz impaciente e intranquila, Olaf exclamó:

—¡Vamos, deprisa!

Cameron siguió al joven, comenzando a subir por la escalera. Repentinamente llegaron hasta Cameron, unos fuertes golpes dados sobre la puerta de la entrada.

—¡Ya están aquí! —exclamó Olaf.

—Sí, ellos deben ser.

—¡Venga, venga deprisa!

Cuando llegaron a una segunda planta, anduvieron por un largo pasillo, hasta una habitación. Una vez en ella, Olaf se dirigió hacia una cómoda, y retirándola de la pared dejó al descubierto una pequeña puerta.

—Entre sin miedo. Estará seguro. No se preocupe. Cuando se hayan ido ya le avisaremos.

Algo nervioso Cameron hizo lo que se le indicara.

CAPÍTULO XVII

UN HALLAZGO

Confusamente llegaban hasta Cameron las voces de los soldados que registraban la casa. Con los nervios en tensión permanecía inmóvil, esperando los acontecimientos. Repentinamente dióse cuenta de que las voces aumentaban de volumen. Los soldados italianos estaban en la habitación, que daba paso a su escondite. El corazón le latía aceleradamente y pudo oír con claridad la conversación mantenida.

—Tenemos la certeza, doctor, de que el inglés que derribamos está vivo y se oculta en la isla.

—Ya comprendo, pero buscarlo no debe ser tarea fácil.

—Usted mismo...

Cameron asombróse de la tranquilidad que demostraba tener su amigo el doctor.

—¿No tiene ninguna pista?

—Éste es el pueblo que está más cerca del punto donde cayó su aparato, por eso hemos empezado el registro por aquí. Le ruego perdone las molestias.

—No faltaba más. Ustedes cumplen con su obligación.

—Desde luego.

—No tiene que disculparse.

—Gracias ya vemos que aquí no hay nadie. Si nos lo permite proseguiremos.

—Sí, sí, continúen.

Con alegría Cameron dióse cuenta de que los soldados enemigos se alejaban. Poco a poco mientras esperaba que vinieran a sacarle de su escondite, fue haciéndose a la penumbra del lugar donde se encontraba. Cuando tuvo la vista acostumbrada a la débil y tenue

luz, vio ante él algunos muebles puestos en desorden. Sobre una mesa colocada en un rincón de la pequeñísima estancia donde se encontraba, vio un montón de papeles. Casi con movimientos mecánicos comenzó a ojear dichos papeles, algunos de los cuales cayeron al suelo. Cameron se agachó a cogerlos, y grande fue su sorpresa al encontrar una fotografía, de una persona que él conocía. Cuando sus ojos se clavaron en la imagen representada en el pequeño cuadrilátero de papel, sintió una terrible emoción. Permaneció durante unos momentos en absoluta inmovilidad y luego con gesto nervioso se guardó la foto en el bolsillo de su pantalón. Pasado un tiempo indeterminable para el mayor, sintió éste nuevamente ruido en la habitación, que daba paso a su escondite. Repentinamente oyó una voz que preguntaba.

—¿Se encuentra bien, mayor?

Cameron reconoció la voz de Michael y contestó.

—Sí.

—Ahora le sacaré de su escondite. Ya ha pasado el peligro.

—Bien, gracias.

Cuando el mayor se encontró nuevamente en la planta baja del edificio, en compañía de sus nuevos amigos preguntó:

—¿Qué ha pasado?

El viejecito de expresión simpática acercándose al mayor y cogiéndole por el brazo le dijo:

—Nada, nada de particular.

—¿Me buscan?

—Sí, eso sí.

—¿Quizás vuelvan?

—Podría ser, mas no por ahora.

—Bien.

El anciano doctor sentóse en una silla y tras descansar durante unos minutos dijo:

—Mi hija dice, que los italianos tienen la absoluta certeza de que usted se encuentra en este pueblo. Hemos pensado que sería conveniente que saliera usted de él.

—¿Pero, cómo?

Con la mano derecha el anciano se rascó la barba y tras meditar unos momentos exclamó.

—No es difícil.

—Exponga.

—Verá, conocemos unos pasadizos secretos que llegan hasta la orilla del mar. Son antiguas corrientes de agua que con el tiempo han perdido el líquido elemento y han dejado una serie de túneles secretos...

—¿Y qué ganaría llegando hasta el mar?

—Mi hijo Michael le proporcionaría, un bote de goma y alimentos. Con ello podrá acercarse a las zonas frecuentadas por los barcos compatriotas.

Cameron pareció meditar las palabras de su salvador, tras unos instantes en que permaneció en silencio, durante los cuales no apartó la vista de la hija del doctor, que llamábase Signe. Al fin dijo:

—Es arriesgado, pero creo que es mi única oportunidad.

—Sí lo es.

—Bien, entonces, ¿cuándo?

—Mañana.

—De acuerdo.

Durante aquella noche Cameron no pudo dormir, el pensamiento le volaba hacia lo que tenía por delante. Lanzarse al mar abierto en un bote de goma, y rodeado de enemigos, no era empresa fácil. Sin embargo comprendía que era su salvación, pues los italianos no dejarían piedra sobre piedra hasta encontrarlo. Él corría un gran peligro quedándose en aquella casa, y además para los dueños de la misma era un gran compromiso. Decididamente, era su deber. Durante la noche le asaltaron las más terribles pesadillas. Creía verse en cada momento sorprendido por los italianos y en otras ocasiones creía ver a la joven Signe, martirizada por los enemigos, sometida a duros interrogatorios. Sin embargo la luz del amanecer, dispuso sus sufrimientos.

Cuando bajó al comedor todos le esperaban. Cameron se sentía molesto ante tanta bondad, pues él nunca había podido pensar en tanta ayuda.

—Buenos días. ¿Cómo ha dormido usted?

Mintiendo Cameron contestó:

—Bien, muy bien.

—Nos alegramos de ello.

Después del almuerzo, durante el cual se mantenía una estrecha

vigilancia por si los italianos se acercaban a la casa, Cameron sacando del bolsillo de su pantalón la fotografía que había encontrado, en el lugar que le sirvió de escondite, preguntó:

—¿Conocen ustedes a este individuo?

La fotografía pasó de mano en mano y todos negaron conocerle.

—¡Sin: embargo estaba en casa de ustedes!

El anciano doctor contestó:

—No lo dudamos, pues yo mismo he visto esta fotografía en otra ocasión.

—¿Cómo?

—Verá, en esta casa hace aproximadamente un año, estuvo el alto mando italiano, y en ella se celebraban una serie de reuniones o conferencias. Esa fotografía que ha encontrado usted durante su encierro en la habitación, fue olvidada por uno de los que aquí estuvieron. ¿Comprende?

—¿Quiere decir que pertenece a un italiano?

—Sí, a un jefe del Estado Mayor italiano.

Cameron permaneció por unos momentos callado, y luego con voz pausada y complaciente dijo:

—Gracias por la aclaración.

—No se merecen, y hablando de otra cosa. ¿Está dispuesto a partir esta noche?

—Sí.

—Pues bien, mi hijo Olaf le dará toda clase de detalles.

—Está bien.

Cameron miró de reojo a Signe que estaba sentada a su lado y notó la gran emoción que embargaba a ésta.

CAPÍTULO XVIII

REGRESO

—Que tenga usted suerte, mayor.

—Gracias, Olaf. Nunca olvidaré vuestra ayuda.

—No tiene importancia.

—Sí que la tiene. Más de lo que tú te imaginas.

La noche estaba completamente cerrada. El cielo cubierto de negras nubes robaba toda visibilidad. Las aguas del mar estaban serenas. Ya habían colocado todas las provisiones en el bote de goma. Cameron tendió su mano a Olaf a la par que decía:

—Adiós y suerte, ya volveré.

—Hasta otra.

La balsa flotaba sobre las aguas con gran agilidad, poco a poco fue alejándose de la costa, y por lo tanto adentrándose en las aguas. La pequeña brújula que le había entregado Olaf al mayor, era suficiente para que éste se orientase, en medio del líquido elemento. No veíase la menor luz y la negrura era la dueña del espacio. El espíritu del mayor Cameron, se sobrecogía ante el espanto de aquella noche, daba la sensación de encontrarse, en un mundo inexistente.

Tres horas de navegación llevaba ya el Mayor, cuando decidió comprobar la ruta que seguía. Mediante la carta de navegación y la brújula, cosas proporcionadas por Olaf, cercioróse Cameron de que se dirigía hacia buen punto. Los hechos que horas antes había vivido, permanecían vivos en la mente del Mayor. Le parecía oír la tenue voz de Signe despidiéndole, así como sus ojos llenos de lágrimas que quería ocultar tras una deliciosa vergüenza.

La brisa marina susurraba en los oídos del mayor, el agua permanecía en calma y la temperatura era agradable. A las ocho

cuarenta, de la mañana, Cameron calculó que aproximadamente había recorrido algo menos de la mitad de la distancia que le separaba de sus compatriotas. La brisa que había estado soplando durante toda la noche, hinchaba el pequeño velamen de su bote, empujándolo hacia su destino. Las luces del amanecer iluminaban la superficie del mar que aparecía limpia y serena, salvo las naturales ondulaciones. A las diez en punto, pasaron a unos cincuenta metros de distancia de donde se hallaba Cameron, una bandada de delfines, que saltando fuera del agua, dejaban al descubierto, sus metalizados lomos. El espectáculo era precioso. La velocidad alcanzada por dichos peces era extraordinaria, y a los pocos minutos habían desaparecido, la vista. Sobre las once el mayor pudo oír el motor de un aparato de aviación. Lo buscó en el azul del cielo, y por fin lo distinguió muy al norte y a bastante altura. Permaneció por unos segundos con la vista fija en el aparato, hasta cerciorarse de que era italiano. ¿Quizás le buscaban a él? Camarón comprendió lo difícil que era localizarlo, pues él no era más que un punto invisible en una inmensa llanura.

Habían pasado cuatro horas desde que Cameron vio al aparato italiano, cuando frente a él, al sur pudo distinguir el penacho de humo, dejado por un buque. La intranquilidad se apoderó de él. Lo más seguro era que aquel barco fuera inglés, pues navegaba muy al sur, y hasta la fecha la escuadra enemiga no se había atrevido a adentrarse tanto. Con sus prismáticos miró ansiosamente hacia el lugar de donde brotaba la columna de negro y espeso humo. Pero una ligera niebla impedía al mayor distinguir con claridad, las características del navío.

Al cabo de una hora, Cameron pudo cerciorarse de que el barco era británico, y que por la ruta que seguía se acercaba a él. La alegría le embargó y con los nervios en tensión, esperaba el momento en que fuera salvado. El viento había aumentado de volumen, al igual que las olas por lo que el pequeño bote bailaba sobre las aguas. Cada vez que se hundía en el vientre formado entre ola y ola, desaparecía de su vista el buque, pero cuando volvía a ser alzado por una masa de agua aparecía nuevamente ante él la silueta del barco.

De pie sobre el bote, haciendo oscilar la camisa en el extremo del remo, el mayor Cameron intentaba llamar la atención de los

tripulantes del barco, que se hallaba a poca distancia relativamente de él. En su navegación el navío, había descrito una semicircunferencia por lo que se había trazado en su ruta. Cameron gritaba con todas sus fuerzas. Repentinamente ante la infinita alegría del mayor, el barco hizo una descarga, con una de sus piezas de proa. ¡Le habían visto!

Cuando Cameron terminó de comer, recostóse sobre el respaldo de su cómodo asiento y por unos momentos permaneció en silencio observando al primer oficial del buque que le había recogido. El oficial, hombre joven y de aspecto distinguido, se inclinó sobre Cameron con sonriente expresión, preguntando:

—¿Repuesto?

Cameron con voz pausada y sin prisas, tras dar un largo y hondo respiro contestó:

—Algo.

El camarote era de pequeñas dimensiones pero cómodo, en él había todas las comodidades que podían pedirse y desear a bordo de un barco de guerra. Por la pequeña mirilla que daba al exterior entraba con alegría el sol, mientras el barco a toda máquina, se dirigía a las costas del norte de África.

—Dentro de una hora estaremos en tierra.

—Cuánto me alegro.

—Desde luego, mayor —dijo el oficial del barco con voz complaciente—, su odisea es digna de contar, entre los grandes episodios.

Cameron haciendo un gesto negativo con la cabeza, comentó:

—No lo crea, lo que me ha pasado a mí, es muy frecuente entre los aviadores. Y a propósito, ¿ha comunicado usted a la base aérea de Tobruk mi encuentro?

—Sí, sus jefes ya saben que usted ha sido recogido por nosotros.

—Me alegro, así estarán más tranquilos.

—Desde luego, hemos recibido una nota de su coronel, manifestando su alegría al saber que usted está sano y salvo, y que regresa a la base.

En cubierta Cameron observaba la costa a la que iban acercándose incesantemente. Las poderosas máquinas del barco, empujaban con vigoroso impulso a la enorme mole de acero hacia su destino. Con emoción y casi con incredulidad el mayor

contemplaba la tierra que para él era de promisión.

—Ya llegamos —comentó el primer oficial acercándose al mayor.

—Sí, y en verdad me siento emocionado.

—Lo comprendo.

El barco acercóse a los muelles de atraco y tras hábil maniobra, quedó pegado a los márgenes de cemento. Cameron mirando hacia atrás miró la gran llanura de agua con cierta ironía. Luego se volvió al oficial y dijo:

—Bien, yo ya he llegado. Les agradezco lo que han hecho por mí.

—Era mi obligación de compatriota.

—Sin embargo se lo agradezco.

El primer oficial tendiendo la mano a Cameron dijo:

—Que tenga suerte, amigo.

—Gracias e igualmente.

—Es de esperar.

Con cierto nerviosismo Cameron abandonó el barco. Cuando estuvo sobre el suelo firme del muelle, se volvió hacia él y con la mano saludó al oficial que desde cubierta le devolvió el saludo. Entre dientes Cameron dijo:

—«Bendito seas, amigo...»

Minutos después el barco británico, reemprendía la marcha, después de haber devuelto a tierra firme a un compatriota.

CAPÍTULO XIX

SE ACLARA UN PUNTO

La alegría experimentada por el coronel Burton al saber el regreso del mayor Cameron no tuvo límites. El jefe de seguridad, aparentó alegrarse, pero en el fondo el regreso del mayor representaba para él un fracaso, y ello le dolía. Burton con el rostro resplandeciente por la emoción hablaba por los codos, en una abundante verborrea.

—¡He ganado la partida, Cameron vuelve!

—Lo sé —contestó el mayor Wayne.

—Sus profecías han sido equívocas, pues dentro de breves minutos estará aquí. Seguramente traerá interesantes informaciones para nosotros, no para los italianos.

Las palabras de Burton asietaban al mayor, el cual pacientemente escuchaba el discurso de su superior, sin atreverse a replicar.

Durante el tiempo de espera hasta la llegada del mayor, los camaradas de éste, preparaban un recibimiento para su llegada. Poco después de mediodía, se oyó el ronquido de un motor de coche, y el griterío de algunos pilotos.

—¡Ya está aquí! —exclamó el coronel levantándose súbitamente.

En efecto, a través del campo llegaba un «jeep», en el cual iba el mayor. Los compañeros de éste, corrieron al encuentro de Cameron, el cual contestaba a sus saludos con gran alegría.

Cuando minutos más tarde el mayor Cameron se encontraba en el despacho del coronel Burton, éste, le pidió le contase con todo detalle, lo que le había pasado. Al finalizar su explicación Cameron volviéndose hacia el jefe de seguridad dijo:

—Para usted traigo un dato de gran interés.

—¿Cuál es?

Haciéndose el remolón, Cameron sonriendo dijo:

—Estoy en condiciones de decirle a usted con toda certeza quién es el individuo que pone a los defensores de Pantelaria, en — conocimiento de nuestras intervenciones.

En el rostro de Wayne, se reflejó la sorpresa a la par que la curiosidad. Sin poderlo evitar preguntó:

—¿Quién es?

El mayor parecía estar dispuesto a martirizar a Wayne, pues no tenía ninguna prisa en poner en claro el asunto. Burton por otro lado no mostraba gran interés en el asunto. Por fin, después de dar grandes rodeos, Cameron sacó del bolsillo de su chaqueta la fotografía encontrada en casa de sus salvadores y la entregó, al coronel Burton, el cual al tenerla en sus manos y verla, exclamó:

—¡Gardiner!

Levantándose de su asiento el mayor colocó al lado de Burton y fijó su vista en la fotografía.

—¿Es posible?

El mayor sin inmutarse, explicó cómo había encontrado aquella fotografía.

—¿Entonces es el capitán Tom Gardiner, el informador italiano?

—No cabe la menor duda, señor, en la fotografía que le he entregado aparece el capitán con uniforme italiano. Es él por lo tanto el que informa.

Burton volviéndose hacia el jefe de seguridad dijo:

—Deténgale inmediatamente y tráigamelo.

—Sí, señor.

Obedeciendo la orden Wayne, salió del despacho dejando al mayor con el coronel, los cuales al marcharse el jefe de seguridad continuaron hablando pero en un tono menos oficial y más de compañeros. Una media hora después, entró nuevamente el jefe de seguridad acompañado del capitán Gardiner, el cual saludó efusivamente al mayor. El coronel Burton, con toda tranquilidad pasados los primeros momentos preguntó:

—¿Querría hacerme un favor, capitán?

Gardiner con gran fervor contestó:

—Desde luego, señor.

—Bien, pues entonces quiere explicarnos lo qué significa esta

fotografía.

Burton tendió al capitán su fotografía. El oficial pareció petrificarse, su rostro adquirió la inexpresión del granito, y en el más impresionante de los silencios observó la fotografía. El jefe de seguridad dijo:

—Lo siento, capitán, pero mi obligación es detenerle.

—Yo también lo siento —comentó Burton.

El capitán dejó nuevamente la fotografía sobre la mesa y volviéndose hacia el mayor, se lo quedó mirando fijamente. Cameron al observar la mirada del capitán explicó:

—Es mala costumbre dejarse fotografías olvidadas. La encontré por casualidad.

El capitán dando un profundo suspiro y sin perder la sangre fría que había demostrado tener dijo al coronel:

—Ustedes han ganado.

—Sí, por fortuna.

—Yo no he hecho más que cumplir, lo que me ordenaban mis mandos.

—Lo sé, usted cumplía su deber informando a los suyos, pero se acabó, ya no tendrán más confirmaciones de nuestros ataques.

El jefe de seguridad permanecía callado esperando la orden de retirarse con el prisionero, para someterlo a un intenso interrogatorio. Burton una vez confirmada la culpabilidad del capitán, dejó a éste en manos del jefe de seguridad.

—Un enemigo menos —dijo el coronel al mayor una vez estuvieron solos.

—Sí, es cierto.

—Y pensar que...

—¿Qué?

—Nada, no tiene importancia.

Las tres islas del Canal fueron sometidas a intensísimos bombardeos y a un bloqueo total, por lo que la defensa de las tres islas comenzó a debilitarse, más, cuando comenzaron a faltar los víveres a las guarniciones de defensa.

El mayor Cameron vuelo tras vuelo, iba dándose cuenta de la debilidad continua de la isla, por lo que comprendió que no tardaría en rendirse. Dos veces en sus vuelos, después de haber cumplido su misión, se internó en el terreno de la isla, volando sobre la casa de

sus salvadores, los cuales comprendieron inmediatamente, quién era el que pilotaba aquel aparato.

Los brazos cruzados sobre el pecho el coronel preguntó:

—¿Qué hay, Cameron?

—Ya no aguantarán los italianos mucho. En cada vuelo Que realizaba notaba una gran pérdida, en el fuego de defensa.

—Quizás sea cosa de dos o tres días.

—Yo así lo creo.

—Y entonces a por Sicilia.

Burton se dirigió hacia un mapa colgado de la pared y fijando su vista sobre la isla de Sicilia, dijo:

—Con ello, iniciaremos el final de la guerra.

—Dios lo quiera.

—Y los hombres también. ¿Qué piensa hacer cuando acabe la guerra?

Cameron sin vacilar lo más mínimo contestó:

—Si salgo con vida, buscaré algún buen puesto en alguna compañía aérea.

—¿Y en cuanto a casarse?

—Si hay ocasión, ¿por qué no?

Los dos militares continuaron hablando durante largo rato, de diversos temas dejando a un lado, la guerra y sus complicaciones.

Los aparatos de combate aterrizaban y despegaban continuamente de la base de Tobruk, para seguir machacando el terreno, de las tres islas, las cuales a ojos vista, perdían capacidad de defensa.

CAPÍTULO XX

EL DESTINO

El aparato evolucionaba sobre lo que había sido punto vital de defensa de Pantelaria. Unidades de desembarco, de las fuerzas inglesas habían tocado las costas de la isla, y los italianos se entregaban brazos en alto, sin ofrecer resistencia. Los ingleses reconocían, que los enemigos se habían portado heroicamente en la defensa de aquel puñado de tierra, pero la falta de agua, de víveres y municiones, habían acelerado la derrota de los italianos.

Después del vuelo de observación sobre la isla, Cameron regresó a la nueva base de Pantelaria, una vez que los equipos de servicios auxiliares, habían rellenado los embudos producidos en el campo de aviación por las bombas, lanzadas en los continuos y duros bombardeos. Dando algunos tumbos, debido a lo defectuoso de la pista, el mayor tomó tierra, por primera vez con su aparato en la isla. Dirigió su avión hacia la agrupación, y una vez en ella quitó contacto, parando el motor.

El sol caía con fuerza sobre la carretera. Por ella el coche descubierto, en el que iba Cameron, corría con acelerada marcha. Después de una media hora de recorrido, llegaron a la cima de una pequeña elevación de terreno, tras la cual aparecía la aldea, en la cual el mayor había encontrado protección. Desde allí arriba, buscó con cierta ansiedad, la casa en la cual deseaba encontrarse. Hacia la derecha limpia y orgullosa se alzaba la casa de dos pisos. Cameron sintióse emocionado cuando el coche comenzó a rodar hacia el edificio.

Olaf había salido casi a la carrera al encuentro del mayor, detrás apareció el doctor. Cameron, saludó efusivamente a los dos pero sin embargo se sintió algo descorazonado, cuando no acertó a ver a

Signe. El viejo doctor como adivinando los deseos del mayor dijo:

—Las mujeres son coquetas. En ocasiones se pasan media hora luchando contra un rizo, que se desvía del sitio en que debía estar, pero no creo que la batalla dure mucho.

Aliviado Cameron por las palabras del doctor, contestó:

—Ya comprendo.

Durante unos diez minutos, protegidos del sol bajo un toldo de caña el doctor explicaba al mayor, cómo los italianos habían ido perdiendo fuerzas, hasta llegar el momento de la rendición.

—¿Volvieron a registrarles?

—No, no tuvieron tiempo.

Los tres hombres continuaron hablando hasta que...

Signe estaba hermosa, muy hermosa, Cameron sintió un vuelco cuando la joven apareció súbitamente ante él, quizás con estudiados movimientos y con expresiones ensayadas. El mayor se levantó y tendiendo la mano a Signe, sólo se le ocurrió decir:

—Buenos días.

La joven más decidida, demostró gran alegría por la vuelta del mayor, y le asedió a preguntas, sobre su viaje de regreso a África, y otras cosas.

Silbando alegremente, Cameron permanecía apoyado en un bidón de gasolina mientras observaba cómo le repasaban su aparato. Repentinamente alguien le preguntó a sus espaldas:

—¿A qué viene esa alegría?

Al volverse el mayor, vio al coronel que le miraba con el entrecejo fruncido. Cameron olvidándose de los formulismos militares, preguntó a boca de jarro:

—¿Podría salir esta noche a cenar afuera?

—¿Un permiso?

—Sí.

—Lo discutiremos mientras bebemos una cerveza, ¿bien pensado?

—Por mí, sí.

—Pues, vamos.

Burton demostraba una gran simpatía por Cameron. Poniendo su mano sobre el hombro del mayor dijo:

—Quizás es la última cerveza que bebemos juntos...

—¿Cómo?

—Mañana me vuelvo a Tobruk, y usted se quedará aquí hasta nuevas órdenes. ¿Quién sabe adónde le destinarán? Y por ser la última vez quizás, que me pide un permiso, se lo doy.

—Gracias.

—¿Y dónde piensa ir?

En pocas palabras Cameron explicó, su encuentro con los que le habían salvado la vida, y que además estaba invitado aquella noche a cenar con ellos. Burton sonriendo y golpeándose la nariz con la punta del dedo índice dijo:

—Me huele a chamusquina.

—¿A chamusquina?

—Bueno, a boda.

—Dios dirá.

Bebiéndose el último sorbo de cerveza, Burton dijo:

—Dios ya lo ha dicho.

Burton se alejó, mientras Cameron sonriendo le observaba.

Moría el día cuando Cameron sentado en el asiento trasero del coche oficial, se dirigía a casa de los Clift, su imaginación materializaba el rostro de Signe, y Lamerón sentía grandes deseos de estar junto a ella.

El doctor Ruter Clift mientras llenaba la copa de su invitado observaba, que éste no apartaba la vista de su hija y su rápida comprensión le hizo ver, lo que iba a suceder.

—¿Le gusta la isla?

Cameron como saliendo de un sueño contestó:

—Sí. Yo ya la conocía, hace unos quince años que estuve aquí.

—Resulta interesante...

Pero Cameron casi no prestaba atención a lo que le decían. El no veía más que el bello rostro de Signe, y no oía más que la voz del coronel Burton diciendo: «DIOS YA LO HA DICHO».

FIN

Puede prosperar en su negocio...

Cuando uno se lanza en la intrincada selva del mundo de los negocios, la mayoría de las veces se cree sobradamente capacitado para la labor que va a emprender.

PERO NO ES ASI... Debe basarse en hechos probados, CATEGÓRICOS.

¿ETICA COMERCIAL?

¿SABER DE OPORTUNIDAD?

¿AMIGOS INFLUYENTES?

¿COMO VALERSE DE LAS AMISTADES?

Todas estas preguntas son cabos sueltos que nosotros hemos atado en uno solo para que usted pueda sacar fertil provecho de muchos años de experiencia.

UN CONSEJO:

Adquiera hoy mismo el MANUAL n.º 45 de la inigualable colección CISNE, titulado

COMO PROSPERAR EN LOS NEGOCIOS

en cualquier librería o quiosco o envíe su importe en sellos de correos a GERPLA — Vergós, n.º 11 — Barcelona.

Abrase usted todas las puertas...

Sea el alma de las reuniones, organice usted diversiones y pasatiempos que harán las delicias de sus amigos y familiares.

¡CUESTA POCO! Nosotros le ofrecemos la varita mágica adquiriendo por el precio de 4'— Ptas. el incomparable

Manual de JUEGOS DE MANOS

En un reducido espacio, un caudal de entretenimientos y amenidades.

No lo dude, usted será la persona que se recibirá con más gusto EN TODAS PARTES.

No dé lugar a que se agote. Adquiéralo hoy mismo en cualquier librería o kiosco, o envíe su importe a GERPLA — Vergós, n.º 11 — Barcelona, en sellos de correos.

¡TINIEBLAS!

Le ha ocurrido a usted, y puede ocurrirle a cualquiera.

¿Un simple contacto? ¿Un exceso de carga? ¿Por qué ha saltado el fusible?

¡VENGAN VELAS!

¿Las tenemos? ¿Será preciso que aguardemos a oscuras hasta que el electricista aparezca?

¡NO ES NECESARIO!

Débase el apagón a un cortocircuito o a cualquier otra causa, el más novato, el que menos conocimientos de electricidad tenga, puede descubrir la causa y reparar en pocos instantes la avería.

TODO HA SIDO PREVISTO.

Las instrucciones son claras y concisas. Un niño puede hacer

QUE LA CLARIDAD REINE DE NUEVO.

Y todo ello adquiriendo por cuatro pesetas

EL ELECTRICISTA CASERO

publicado en los acreditados Manuales Cisne.

Reparación de fusibles, planchas, hornillos, estufas... Instalación de enchufes, líneas supletorias, lámparas, tendidos completos...

USTED MISMO PUEDE HACERLO

sin previos conocimientos.

EL ELECTRICISTA CASERO

está escrito para que usted lo comprenda. Venta en quioscos y librerías al reducido precio de 4 pesetas.

EDITORIAL
CISNE

Exclusivas
GERPLA
Unión, 21 - Barcelona

GRÁFICAS GUADA. S. R. C. — Rosellón, 24 — Barcelona

